



P

3264

B.P. de Soria



61096862
D-2 17587

D-2
A 7587
95862

TRIFIODORO Y VIRGILIO

STANFORD UNIVERSITY LIBRARY

~~No 7281~~

11
314

Bº 603

EL POEMA DE TRIFIODORO LA
 TOMA DE ILION Y EL LI-
 BRO SEGUNDO DE LA ENEI-
 DA DE VIRGILIO PUESTOS EN VERSO CAS-
 TELLANO POR MIGUEL JIMÉNEZ AQUINO y
precedidos de un estudio acerca de la relación literaria entre
ambos POETAS y de la génesis de la leyenda de ENEAS



BIBLIOTECA
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
 SORIA

Miguel Jiménez Aquino

BIBLIOTECA GRECOLATINA





A Miguel Jiménez Aquino

Mañanós.



BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA



TRIFIODORO, VIRGILIO Y EL SITIO DE TROYA

ESTUDIO PRELIMINAR

A mi ilustre paisana Carmen de Burgos, insigne novelista, y al cultísimo Claustro de la Escuela Normal de Maestras de Madrid, en cuya Sala de Actos leí el 12 de Mayo de 1922 una conferencia, de la que es ampliación el presente trabajo.

I

ANTECEDENTES DE LA «ENEIDA»

AMABLE lector: Quisiera yo ofrendarte, en el presente estudio acerca del poeta Trifiodoro, aquello de que es símbolo y emblema el nombre, un tanto extraño, del antiquísimo escritor; porque Trifiodoro significa algo así como obsequio delicado, y, ¿qué podría yo desear mejor sino que te supiera a cosa delicada este presente mío, y que en él hallaras todas las suavidades y dulzuras a que yo aspiro, para satisfacer tus ansias de cultura y de arte?

Es mi propósito vindicar la fama de un escritor

que, durante muchos años, que forman siglos, viene sufriendo una condena injusta. Un juez indocto falló contra él sin examen de pruebas, y desde entonces, en libros y cátedras, se viene repitiendo la misma sentencia con autoridad de cosa juzgada, sin que nadie pida la revisión del malaventurado proceso.

El poema cumbre de la literatura romana, la *Eneida*, muestra en sí el esplendor del imperio de Augusto en el siglo de oro de Roma. Es la obra de un poeta, y es asimismo la obra de la sociedad entera que rodeó a este poeta. Así sucede con todos los frutos del ingenio que nacen destinados a perdurar en los siglos.

Canta Virgilio en su obra fabulosos orígenes de su patria. Pudo elegir para ello diferentes leyendas y tradiciones populares de los siglos primeros de Roma. Pudo partir de la fábula que señalaba origen divino a Rómulo y Remo dentro del territorio en que había de asentarse la antigua capital del mundo. Sin embargo, prefirió, siguiendo a los griegos, enlazar la historia de Roma con una historia de nobleza antigua; prefirió dar a los romanos progenitores extranjeros y fundir dos razas en una, sabedor ya, como poeta o adivino, de lo que ganan en salud y fuerza los pueblos procedentes del cruce de razas separadas por los accidentes geográficos y climatológicos.

Las obras del ingenio no son productos espontáneos del magín de un autor; todas ellas tienen padre y madre; no nacen armadas de la cabeza del padre Zeus, sino de la Naturaleza fecundada por un

TRIFIODORO Y VIRGILIO

Dios. La Naturaleza que fecundó el padre Virgilio se componía de tradiciones corrientes en sus días, que además de ir de boca en boca del vulgo, habían sido antes aprovechadas por otros escritores y poetas. La leyenda de los orígenes troyanos de Roma, dice Renato Pichon en un reciente libro, quizás fué inventada por los gramáticos griegos que ejercían su profesión en Roma, queriendo con ello halagar el amor propio de sus dominadores mediante la creación de una ilustre genealogía.

La epopeya de Nevio, dos siglos anterior a la de Virgilio, perdida para nosotros, remontaba hasta los orígenes de Roma y Cartago: Anquises, Eneas, Dido y su hermana Ana aparecen ya en ese poema, cuyo objeto principal era contar la primera guerra púnica. Una tragedia pretexto de Accio, asociaba, un siglo después, el prestigioso recuerdo de la leyenda troyana a las realidades de la historia de Roma, llamando Enéades a los insignes Decios para expresar que eran los verdaderos representantes del genio de la raza.

Ennio, por su parte, hace establecerse a Eneas en Italia y le da por hija a Ilia, aquella vestal seducida luego por el dios Marte, que la hizo madre de Rómulo y Remo. Así, dos siglos antes de Virgilio, Eneas era reconocido como el padre de la nación romana. Pero, ¿quién era Eneas?

Once veces se le menciona en la *Iliada* de Homero; pero hasta una de las últimas rapsodias (la XX) no se nos da su genealogía. La dice él mismo en un largo parlamento que dirige a Aquiles antes del singular combate que tiene con éste. Sólo por el hecho

de medir sus armas con el hijo de Tetis y Peleo, se comprende toda la importancia de Eneas.

En efecto, Eneas es hijo de una diosa; no diosa de un árbol, ni de una fuente, ni tampoco ninfa del mar; lo es de la misma diosa Afrodita, nacida de la sangre viril del cielo y de la frágil espuma de los mares; de aquella diosa que preside a la Belleza y al Amor. El padre de Eneas es un hombre. Se llama Anquises y es mortal; pero desciende de Dárdano, hijo de Zeus, y lleva, por tanto, sangre de dioses. Uno de sus abuelos es Tros, el fundador de Troya, y está emparentado, por tanto, con Príamo, el último rey de esta ciudad.

El nacimiento de Eneas se debe a un capricho de amor. Afrodita ve a Anquises pastoreando en el monte Ida y siente por él... Pero digámoslo con las palabras del Himno homérico:

Quando la diosa del amor risueña
lo vió, quedó prendada, y un impulso
de ofrecerse al mortal tuvo. Afrodita
el camino de Chipre entonces toma,
y en el templo odorífero penetra
de Pafos. Tiene allí sagrado bosque
y arde el incienso en el altar. Ya dentro,
las puertas cerró espléndidas. Las Gracias
la ayudan a bañar. Su cuerpo ungen
del óleo de los dioses inmortales,
perfumado y sutil, que siempre tienen
para ella preparado. Y revestida
de bellas ropas ya, que al cuerpo ciñe,
de oro adornada, la risueña diosa

TRIFIODORO Y VIRGILIO

va a Troya con su amor, abandonando
la perfumada Chipre, y entre nubes
altas haciendo rápido camino.
Llega al Ida, surcado de arroyuelos,
semillero de fieras, y al establo
recta va de las breñas por encima.
Y de ella en pos aduladores vienen
los canos lobos, los ceñudos leones,
las osas, los leopardos insaciables
de la carne de ciervo; y al mirarlos,
regocijada el alma de la diosa
en lo profundo de su ser, en todos
infundió el apetito de los goces.
Y todos a la vez, y por parejas,
buscaron los umbrosos vericuetos.

Homero ha suministrado a Virgilio el fondo de su poema la *Eneida*, en el que hay fundidas una *Odissea* y una *Ilíada*; pero para las partes del ciclo troiano que no están contenidas en estos poemas, Virgilio ha tomado, de poetas cíclicos, continuadores de Homero, de poetas trágicos y de eruditos de épocas posteriores, muchos elementos que adornan su *Eneida*. Especialmente para el segundo libro, en que refiere la caída de Troya; se ha servido del poema de Trifiodoro *La toma de Ilíon*, objeto de este libro.

II

¿QUIÉN FUÉ TRIFIODORO Y CUÁL SU ÉPOCA?

PERO, ante todo, es menester aclarar quién fué Trifiodoro, poeta desconocido hoy, aunque debió estar muy en predicamento en la época en que se escribió la *Eneida*. Hoy es muy difícil encontrar quién lo haya leído, ni aun siquiera en la traducción latina de la edición Didot, de París. No hay, desde luego, de él versiones castellanas, y son raras las hechas en otros idiomas. Los gramáticos y autores de historia literaria han clasificado mal a este poeta, y le han colocado al lado de Coluto, en los siglos III o IV después de Jesucristo. Algunos, más discretos o mejores observadores, han comprendido que su época es bastante anterior.

¿Dónde ha aprendido usted que Trifiodoro fué anterior a Virgilio?—preguntaba yo a un amigo, gran humanista, que el día anterior me había confesado no saber nada de Trifiodoro, si se exceptuaba su existencia como poeta.

Mi amigo es hombre que tiene una sordera muy pronunciada, y para entenderme con él mejor en algún sitio público, donde es molesto hablar a gritos, suelo coger papel y lápiz y hablamos por escrito, cediéndonos alternativamente el lápiz y el pa-

TRIFIODORO Y VIRGILIO

pel. Esta circunstancia me permite, lector amado, darte a continuación una copia de nuestra conversación de aquel día, que no deja de ofrecer interés. Hela aquí:

«Yo.—¿Dónde ha aprendido usted que fué anterior a Virgilio?

El humanista.—En un tomito publicado en francés por Falconnet, con el título de *Petits poèmes grecs*. En él va, entre otros, el de la *Destrucción de Troya*, y se han perdido las Maratónicas, Hippodamia y la Odisea lipogramática.

Según Suidas, era Tryphiodoro egipcio, como llamaban entonces a los de Alejandría. Era gramático y poeta de la decadencia griega (el siglo de oro, como usted sabe, fué el v precristiano). Como poeta, valía poco: lo mejor, en el único poemita suyo (680 versos o 681) que poseemos, es el episodio de la entrevista de Venus, disfrazada de vieja troyana, con Helena, a quien descubre las tretas de los Griegos para apoderarse de Troya, y le dice que en el vientre del caballo de madera viene Menelao; tras de lo cual Helena se arrima a ese *clavileño* hueco, e induce, con sus palabras dulces, a que se vayan con sus respectivas griegas.

Esto lo utilizó Virgilio, si mal no recuerdo, en el libro II de la *Eneida*, claro que mejorándolo infinitamente (*).

(*) Mi interlocutor recordaba mal (cosa bien extraña en su prodigiosa memoria); Virgilio no utiliza este episodio en su poema, ni habla nada de él. Es quizá lo único que desdeña de su proveedor de noticias.

Se sabe, según los más modernos y enterados críticos y tratadistas, que Virgilio se valió mucho más de los poetas alejandrinos que de Homero, hasta el punto de que se ha hecho esta apreciación: «La *Eneida* no procede de la *Ilíada*, sino de los Alejandrinos decadentes.»

Esto que le digo no lo dice Falconnet. Este utiliza la versión francesa de Allut, en sus *Melanges*.

Yo.—¿Sabe usted dónde hallar la obra de Allut o la de Falconnet?

El humanista.—En la Biblioteca Municipal, sobre la mesa en que trabaja Manuel Machado, y donde hay varios libros procedentes del donativo espléndido de Ricardo Fuente, director del Establecimiento. Creo que esté ese tomito no sólo sin catalogar, sino hasta sin registrar todavía. Las horas en esa Biblioteca—plaza del Dos de Mayo—son de diez a dos.

Yo.—(Apretando la pluma, con gran convicción y algo de vehemencia.)—He comprobado las noticias que corren sobre ese autor en las propias fuentes de las mismas, Hesiquio, Suidas, Eustacio, etc., y este examen es el que me ha convencido de que Trifodoro es de la Escuela Alejandrina, y pudo ser utilizado por Virgilio, aunque los gramáticos antedichos y otros posteriores le han asignado una época (la de Coluto) en que hacía siglos que Virgilio había muerto. Tengo, además, la fundada sospecha de que el Trifodoro de la *Caída de Troya* es otro distinto del de la Odisea lipogramática.

Aunque de esta Odisea sólo se conoce el pueril empeño de su autor de escribir cada canto con su-

TRIFIODORO Y VIRGILIO

presión de una letra del alfabeto, el justo menosprecio que merece al verdadero arte esta clase de ejercicios literarios ha sido la causa de que se desconsidere, sin estudiarla, la labor conocida del gran poeta Trifiodoro el Egipcio.»

Aquí terminó mi conversación escrita con el docto humanista, y ahora paso a exponer el resultado de mis estudios.

Según el testimonio del lexicógrafo Suidas, del siglo x o del xi de nuestra era, Trifiodoro era un egipcio, que escribió obras literarias. De éstas, que fueron poemas heroicos, hace una somera relación de títulos el mencionado Suidas: «las Maratónicas, la expugnación de Troya y su destrucción, las cosas que a Hipodamia sucedieron, o sea De Hippodamia, la Odisea lipogramática, que es un poema de los trabajos de Ulises y de las cosas todas que fabulosamente de él se cuentan y otras.»

La obra de Suidas es un léxico o diccionario alfabético histórico y biográfico, en que aparecen mencionados numerosos poetas, oradores e historiadores de la antigüedad, cuyos nombres se hubieran perdido sin la diligencia en recordarlos del lexicógrafo, pero que está desnudo de toda crítica, falto de datos, de lugares y tiempo, así como de gusto. De este libro no puede hacerse más que un uso prudente, con tanto mayor motivo cuanto que el texto ha pasado por muchas manos de ignorantes copistas.

Pero ¿hay dos Trifiodoros? Da motivo a sospechar esta dualidad el hecho de que en el léxico de Suidas, inmediatamente detrás del Trifiodoro que he-

mos mencionado, con los poemas que Suidas le atribuye, viene otro Trifiodoro, en otro epígrafe con iguales letras escrito, y a continuación se lee: «Trifiodoro escribió varias obras en verso, Paráfrasis de las semejanzas de Homero, y otras muchas.» Reforzamos nuestra sospecha al advertir que Suidas distingue al primer Trifiodoro con los calificativos de egipcio y gramático, y al segundo lo deja mondo y lirondo con su solo nombre de Trifiodoro.

No es Suidas el único gramático en que encontramos referencias de este poeta. Próximamente un siglo después del de Suidas, en el XII, un gramático y retórico griego llamado Eustacio, que había sido primero monje de San Floro, luego obispo de Myra, y últimamente arzobispo de Tesalónica, escribió unos comentarios de gran erudición sobre la *Iliada* y la *Odisea*, y en los lugares oportunos menciona un Trifiodoro (Trifiodoro a secas, sin patronímico ni apelativo) como autor de una *Odisea* lipogramática, y como autor de una *Destrucción de Troya*. Pero sin más datos. Lo leyó en Suidas, y lo apuntó tomando lo que le interesaba para sus notas eruditas de aquel Trifiodoro egipcio que había tenido que ver con *Iliadas* y con *Odiseas*. Y en lugar de añadir algo de propia investigación que completase la figura, le quitó lo de que era egipcio, volviendo a quedar así confundido este poeta con aquel otro Trifiodoro de que Suidas le quiso distinguir.

Otro gramático del mismo siglo XII, contemporáneo, por tanto, del Obispo Eustacio, menciona a Trifiodoro. Se llamó aquél Juan Tzetzes, y había

TRIFIODORO Y VIRGILIO

nacido en Constantinopla de una familia de origen basco. Sangre ibérica corría por sus venas, y es muy agradable para mí haber encontrado en obra de este español ilustre un indicio, aunque vago, de la época a que debió de pertenecer Trifiodoro. Educado por los más eminentes sabios de Constantinopla, tomó el título de gramático, que entonces servía para designar los hombres notables por su ciencia, los hombres de letras; porque gramático, en griego, tiene análoga significación etimológica primitiva que literato en latín o letrado en castellano.

Juan Tzetzes era uno de los últimos poetas de la larga serie de ellos que escribió en lengua griega clásica; pero de tan extrema decadencia, que sus obras no son sino una especie de prosa versificada. De este modo cruel están escritas las tres partes de su poema *Iliaca*: Ante-Homérica, o relato de la Historia troyana desde el nacimiento de Paris hasta el décimo año del sitio de Troya, comienzo de la *Iliada*; Homérica, simple resumen de la *Iliada*, y Post-Homérica, o relato de los acontecimientos posteriores a la muerte de Héctor. Pero no es este desdichado poema el que nos interesa al objeto de nuestro estudio, sino otra obra del mismo autor, el Βιβλος ιστορικὴ, bautizado en latín con el título de *Chiliades variarum historiarum*, Millares de Historias varias, que abreviadamente llamamos las Kilíadas, y que se componen de seis libros, siendo cada uno de ellos una Kilíada o millar, porque, aproximadamente, contiene mil versos cada libro. Son las Kilíadas colección de anécdotas en verso sobre los

principales personajes de la Historia antigua, remontando hasta los tiempos fabulosos.

Pues bien, una de estas anécdotas se refiere a Aquiles, el héroe principal de la *Ilíada*. En ella se cuenta la conocida fábula de la ocultación de Aquiles, enviado por su madre Tetis a la corte de Licomedes, rey de Scyros, para librarle de asistir al sitio de Troya, donde los oráculos le pronosticaban prematura muerte. Sabido es que, disfrazado Aquiles de mujer, pasó algún tiempo inadvertido entre las doncellas hijas de aquel rey, y que su disfraz, disimulando el sexo, dió ocasión propicia a sus ocultos amores con la hermosa princesa Deodamia, de la que nació, gallarda hechura de Aquiles, el feroz Neoptólemo, matador de Príamo, el último rey de Troya.

La anécdota comienza así: «Enseñan los más modernos entre los poetas de este género (de los cuales uno es Trifiodoro, Licofrón y otros) que cuando Tetis conoció por los oráculos y los vaticinios, etc.» Lo demás de la anécdota no sirve a nuestro objeto. Aquí lo importante es que volvemos a encontrar mencionado el poeta Trifiodoro, y no ya emparejado con Coluto, sino con Licofrón, perteneciente a la época del florecimiento de Alejandría bajo los Ptolomeos, que empieza tres siglos antes de la era cristiana.

En la recensión que hizo Bandinio en Florencia en 1765 de la versión italiana de Antonio María Salvini del poema de Trifiodoro *La toma de Ilión*, he leído el siguiente juicio: «Muchos consideran a Trifiodoro contemporáneo de Coluto (siglo v, después de Jesucristo), a causa de la semejanza de los

TRIFIODORO Y VIRGILIO

poemas; pero Lilio Gregorio Giraldo (tomo II de sus obras, página 166) cree que debe ser considerado muy anterior, cuando lo menciona entre los poetas que vivieron en tiempo de los Ptolomeos. Y digo yo ahora: Nada menos que ocho siglos de distancia median entre las épocas a que se refieren ambas opiniones; y en ese gran lapso de tiempo se han verificado acontecimientos tan importantes como el nacimiento de Jesucristo y el florecimiento del siglo de oro de la literatura romana con sus cumbres Virgilio y Horacio.

Tiene importancia para nuestro estudio que Trifiodoro escribiera antes o después de Virgilio, porque si el poema *La toma de Ilión* fué aprovechado por el mantuano para su magnífico libro II de la *Eneida*, este solo hecho instituye a Trifiodoro benemérito de la poesía y le hace acreedor a que su memoria sea rehabilitada.

Porque, en verdad, el pobre Trifiodoro ha sido un desgraciado poeta. La sombra mala de la Odisea lipogramática, cuya paternidad se le atribuye, ha oscurecido la gloria que como autor de *La toma de Ilión* le corresponde. Y es el caso que se trata de una Odisea desconocida, que se ha perdido, y que probablemente pertenece a otro Trifiodoro, que quizás pudiera con justicia apellidarse el malo; pero al cual, sin el conocimiento previo de la obra misma, sería aventurado calificar de ninguna manera. Y sin embargo, lo que por referencias se sabe de la obra es tan poco simpático, que por sí solo ha bastado para destruir la legítima gloria de Trifiodoro el bueno. Vamos a convencernos.

Hesychio el Ilustre era un biógrafo griego nacido en Mileto. Vivía en el siglo vi de la era cristiana, bajo los reinados de Anastasio I, Justino I y Justiniano. Es, por tanto, cuatro o cinco siglos anterior a Suidas y seis a Eustacio y a Tzetzes. Nada se sabe de su vida. Había compuesto una obra grande, hoy perdida, cuya materia histórica se extendía desde el reinado de Belo hasta la muerte de Alejandro; pero poseemos de él una obra biográfica titulada *De los que se han distinguido por su saber*, y que recuerda, en cuanto al plan, las *Vidas de los filósofos* de Diógenes Laercio. Esta obra se imprimió por primera vez en Anvers (1572), con una traducción latina de Hadriano Junius.

En su trabajo el ilustre Hesiquio va mencionando, sin orden alguno, nombres y nombres de escritores y de algunas de sus obras, sin idea de crítica; pero señalando curiosidades y narrando anécdotas; y en esta forma llega a mentar a un Trifiodoro, no citándolo directamente, sino hablando de otro poeta. Los autores están numerados, y en el número 46 Hesiquio dice: «Néstor Lycio, escritor de poemas, compuso una *Iliada* que carecía de ciertas letras. Porque en el primer libro ningún alfa encuentras, y así en todos los libros por el orden del alfabeto griego distinguidos, a cada uno falta su letra.» Y a continuación, sin respirar, añade: «Una Odisea semejante ha escrito Trifiodoro.»

Esta mención incidental de un poeta en un libro de biografías, en el que no se le dedica párrafo especial, demuestra, tal vez, no que se le trata con desprecio, sino que este poeta y su obra pertenecen

TRIFIODORO Y VIRGILIO

a la generación del autor de las biografías, el cual no necesita mencionarle, o porque no es un consagrado, o porque su actualidad y el conocimiento que los contemporáneos tienen de él le excluyen, naturalmente, del propósito de la obra de Hesiquio, que sólo es el de recordar aquellos que en otros tiempos «se distinguieron por su saber».

Pero lo que no cabe duda es que en Hesiquio hemos encontrado el origen de la afirmación de Suidas y de los gramáticos posteriores acerca de Trifiodoro. En el siglo v o vi de la era cristiana, que es el tiempo de Coluto, hubo un Trifiodoro que tuvo el gusto detestable de imitar a un Néstor, más antiguo que él, en esto de escribir poemas sometidos a caprichosas reglas fonéticas y gráficas, cultivando el arte de la bagatela y de la insensata ingeniosidad, arte que de tiempo en tiempo aparece y se reproduce en la historia literaria de todos los pueblos. Nosotros, en nuestra propia historia, lo hemos comprobado al estudiar aquellas aberraciones de la época de los acrósticos, de los ovillejos, de las glosas y de tantos otros acrobatismos antiliterarios. Y como Suidas no era escrupuloso en sus investigaciones, y además no le parecería indecoroso para Trifiodoro el egipcio que fuera autor de semejante Odisea, se la adjudicó desde luego, bautizándola con el nombre de Odisea lipogramática, porque *leipo* en griego es quitar, y *gramma* letra (la Odisea que quita letras).

La equivocación de Suidas, la pereza de los hombres de letras para examinar los poemas en su idioma original, la dificultad cada vez más acentuada, y casi insuperable en nuestros días, por el descuido

en los estudios de Humanidades, de leer de corrido, y enterándose, idiomas como el griego, y las pecadoras manos de infames traductores, han producido los malos juicios acerca de este admirable poeta.

Trifiodoro vivió, lo más probablemente, en el siglo III, antes de J. C., y en la corte de alguno de los Ptolomeos, perteneciendo, por tanto, a la pléyade de escritores alejandrinos que hicieron revivir las glorias de la literatura helénica.

III

EL SUPPLICIO DE LAOCOONTE

UN indicio vehemente de tal hecho existe en el poema de Trifiodoro: falta en el mismo el episodio del sacerdote Laocoonte, que muere con sus hijos aprisionado entre las espirales de dos dragones.

Virgilio debió tomar este episodio de una tragedia de Sófocles, que se ha perdido. El asunto no llegó a popularizarse hasta que, cien años antes de J. C., o sea doscientos después de Trifiodoro, tres escultores de Rodas esculpen el patético y conmovedor grupo representando la escena de esta muerte, cuya reproducción figura hoy en todos los Museos, custodiándose el original en el del Vaticano. Trifiodoro no pudo aprovechar este dramático suceso en su poema, porque indudablemente no lo conoció, pasando inadvertido para él el drama de Sófocles. Pero si suponemos a Trifiodoro posterior en cinco siglos a Virgilio, ya es más difícil explicar la ausencia del episodio en el poema del vate egipcio, después de la gran difusión de la *Eneida* por el mundo y de la gloria inmensa de su autor.

A continuación van algunos vestigios del origen

de esta fábula de Laocoonte, cuya paternidad se ha atribuído a Sófocles:

Cayo Julio Higino, el gramático español contemporáneo de Ovidio y comentarista de Virgilio, en la 135 de sus *Fábulas Mitológicas*, dice: «Laocoonte, hijo de Acætis, hermano de Anquises, sacerdote de Apolo, contra la voluntad de Apolo porque había tomado mujer y procreado hijos, casualmente fué llevado a la playa para que hiciera un sacrificio a Neptuno. Apolo, aprovechando esta ocasión, envió desde Ténedos por las olas del mar dos dragones para que matasen a los hijos de Laocoonte: Antiphante y Thymbræo. Y como el padre se apresuró a ir en auxilio de sus hijos, a él también estrujado lo mataron. Los Frigios juzgaron que esto había sucedido porque Laocoonte había arrojado su lanza contra el caballo.» Hasta aquí Higino, y apoyado en sus palabras, no sé por qué razones, Heyne conjeturó que éste era el argumento de una tragedia de Sófocles o de otro poeta.

Otro comentarista de Virgilio, de época no tan inmediata al autor de la *Eneida*, Servio Mauro Honorato (siglo v de nuestra era), escribió esto (ad *Eneid.* II, 201): «Según Euphorión dice (*), después de la llegada de los griegos, el sacerdote de Neptuno fué muerto a pedradas porque no evitó con sacrificios la llegada de ellos. Después de la retirada de los

(*) No se sabe quién sea este Euforión, pues aunque el nombre corresponde a varios poetas griegos, citados por Plutarco y Luciano, la cita resulta imposible de comprobar, por ser las obras de tales poetas desconocidas.

TRIFIODORO Y VIRGILIO

griegos, como quisieran los troyanos sacrificar a Neptuno, Laocoonte, sacerdote del Thymbræo Apolo, fué llevado, por sorteo, según suele hacerse cuando falta sacerdote titular. Laocoonte había acompañado la víctima expiatoria ante la imagen del Numen con Antíope, su mujer, caminando, y a causa de esto, en compañía de sus hijos fué muerto... En verdad, Bacchylides (*) habla de Laocoonte y de su mujer, y de serpientes venidas de las islas Calydnas y en hombres convertidas.»

Véase, además, en este lugar, lo que dice el gramático Donatus del siglo IV, autor de una *Vida de Virgilio* y de unos *Comentarios* a la *Eneida*: «Los nombres de los dragones, según Tzetzes en Lycophron, 344, fueron Porcos y Porcis», a lo que Servius añade: «Ciertamente que Sófocles declara los nombres de estos dragones en su *Laocoonte*. Pero las palabras de Bacchylides, que antes se citan, de que las serpientes se convierten en hombres, sólo en él se encuentran. Se supone que el argumento de la tragedia expuesto por el poeta, es poco más o menos el siguiente: ante la apariencia de que los Griegos se habían retirado, los Troyanos, con suma alegría, se disponen a hacer en la playa sacras ceremonias a Neptuno. Muerto al principio de la guerra el sacerdote del Dios, y no habiendo puesto después otro en su lugar, porque los Griegos les impedían acercarse al mar, un nuevo sacerdote debía ser elegido

(*) Poeta lírico griego, de la isla de Ceos, que floreció en el siglo V, a. de J. C., en Siracusa, bajo el reinado de Hieron. Era sobrino de Simónides y tío de Esquilo.

que hiciera los sacrificios. Y para realizar esto, fué llevado por sorteo Laocoonte, sacerdote de Apolo. Pero habían pasado muchas cosas con Laocoonte, que pudieron excitar de un modo vehemente los ánimos y poner de relieve al mismo, que a los dioses no había de ser agradable. Airado contra él estaba Apolo, cuyo templo había violado durante su sacerdocio; era de esperar entonces que, como en otro tiempo, Neptuno había exigido venganza contra el anterior sacerdote, ahora Apolo la pidiese contra éste, después que arrojó su lanza al caballo de Troya. Así las cosas, tomó Laocoonte a su cargo el oficio que de él se demandaba, no con mente piadosa, ni para complacer a los dioses, sino con ánimo rebelde y con impiedad de pensamiento. Luego, las cosas cambiaron. Llega la noticia de que Laocoonte ha perecido con sus dos hijos, mordido por serpientes; y una gran perturbación se sigue a la inmensa alegría de todos, deplorando unos la desgracia de aquél y previendo que en breve perecería la ciudad; y otros asegurando que no existía otra razón de aquel prodigio que las culpas del mismo Laocoonte. Aquéllos quieren abandonar la ciudad, y éstos se quedan. Así Anquises, conocedor de los oráculos, que supo por Venus, se retiró al monte Ida esperando los acontecimientos. Este, pues, fué el comienzo de la calamidad, por la cual Troya había de perecer, y que otros no veían acercarse, porque sin respeto a los dioses en aquel tiempo vivían y nada eran movidos con estos prodigios.»

Véase el aprovechamiento, que Virgilio hace en su poema, de la fábula del suplicio de Laocoonte

TRIFIODORO Y VIRGILIO

y sus hijos. Los versos relativos a este episodio figuran en el libro II CAIDA DE TROYA, que va en este trabajo detrás del poema de Trifiodoro, y está tomado de una traducción inédita de la *Eneida* del inmortal Mantuano.

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

IV

POR QUÉ LA CRÍTICA MENOSPRECIA A TRIFIODORO

PUDE ver un día la traducción francesa del poema de Trifiodoro de que me habló mi amigo el humanista. Estaba, en efecto, en la Biblioteca municipal de esta Corte tan admirablemente dirigida por el culto y activo hombre de letras D. Ricardo Fuente. La examiné, y quedé indignado con el autor de dicha traducción. Me expliqué entonces que los críticos e historiadores de literatura hayan hablado con desdén del poema *La toma de Troya* y del poeta Trifiodoro. Dichos críticos e historiadores, no habiendo podido leer la obra en el original, porque para ellos el griego estaba en griego, las han juzgado por las majaderías de los traductores.

La traducción, publicada por Ernesto Falconnet, en París y en 1841, aparte de estar hecha en prosa ramplona, que hace venir a tierra la elevación del estilo que en la obra original campea, es infiel hasta lo sumo, y disparata con demasiada frecuencia. Ya comprobaremos alguno de estos dislates. Por su parte, el editor Falconnet también los comete, y de gran calibre. Después de asegurar que Trifiodoro vivió en el siglo v o en el vi de nuestra era, épo-

TRIFIODORO Y VIRGILIO

ca que corresponde a los tiempos de Coluto y Museo el gramático, añade: «Este pequeño poema, de 681 versos, no es sino un bosquejo rápido, un resumen incompleto, que ha sido utilizado, ampliado y fecundado por Virgilio en el segundo libro de la *Eneida*.» ¡Asombrosa facultad de adivinación la de Virgilio!—digo yo después de leer a Falconnet.—Virgilio, nacido setenta años antes de nacer el Mesías, pudo utilizar, ampliar y fecundar la obra de otro poeta que vivió seis siglos después. ¡Con razón tuvieron al Mantuano por brujo, y con razón se sospechó que había profetizado el advenimiento de Cristo Nuestro Señor!

Pero comparemos ahora algunos trozos de la versificación castellana, hecha con fidelidad, y con respeto a la obra de Trifiodoro, con la transcripción en prosa que trae Falconnet, copiada de Allut, o de quien sea. A cada cual lo suyo.

Comienza el poema con una breve invocación a la musa Caliope. El poeta le pide que cuente el fin de Troya en un rápido canto. Tras de esto, Trifiodoro pinta la desolación producida en Troya por diez años de guerra, y siguiendo inspiraciones, que son en poesía invariables y eternas, en lugar de referir los mismos episodios brutales de las muertes, va presentando a los ojos del lector parciales consecuencias de los hechos, efectos que producen aquellas muertes en armas y caballos de los guerreros. Sabía Trifiodoro que la impresión poética es más fuerte y vigorosa dando alma a las cosas que no la tienen, y suponiendo sentimientos humanos en los animales. El corazón y la fantasía del lector ponen

lo demás que falte al cuadro, aunque ello sea mucho, para estar acabado; la sugestión triunfa y la catástrofe humana aparece completa, elevándose la impresión secundaria a principal, el accidente a substancia.

Oigamos a Trifodoro en castellano:

Ya diez veces giraron del Sol luces,
 mientras vieja Belona e insaciable
 de muertes, sus estragos extendía
 en Troyanos y Dánaos. Muchas lanzas,
 inertes de las manos han caído
 desfallecientes de varones muertos;
 cesan de amenazar espadas muchas;
 de corazas estrépitos se extinguen;
 y rotas sus correas, disminuye
 de escudos mil la conexión, escudos
 que ya no se alzan más, ni el choque ansian
 retumbante del dardo: Y curvos arcos
 aflójanse, y al suelo las veloces
 flechas se rinden. Los caballos, lejos
 del ocioso pesebre, se conduelen
 de su suerte infeliz unos con otros
 y echan de menos del finado auriga
 látigo y riendas...

En la huída de estos caballos dispersos por el campo de batalla, el echar ellos de menos a los aurigas muertos, vale por todas las lágrimas, por todo el desamparo y soledad de tantas madres sin hijos, de tantos hijos sin padre y mujeres sin esposo como deja la guerra.

TRIFIODORO Y VIRGILIO

Ahora veamos la caricatura de Trifiodoro en la versión francesa que trae Falconnet:

«Las lanzas no tenían ya fuerza en la mano de los guerreros fatigada de matar.»

¿Qué fuerza habían de tener, si esas lanzas estaban en el suelo y sus dueños en el otro mundo?

«... sus espadas no esparcían ya el terror, ni se oía ya resonar las armaduras de bronce; los tahalíes, a los que estaban suspendidas, estaban próximos a romperse...»

Esto de los tahalíes (*baudriers*) ha sido añadido por el traductor, y no sé lo que quiere decir, ni la sensación que se propuso sugerir quien lo añadiera.

«... apenas los escudos ofrecían aún alguna resistencia a los dardos que venían a golpearlos; los arcos habían perdido su empuje, las flechas su rapidez...»

Todo esto, en el supuesto de estar los dueños de los escudos, dardos y flechas vivos, aunque cansados, qué tonto y qué falso es! Pero ahora viene lo mejor:

«... Los corceles, separados, la cabeza doblada sobre el pesebre, parecían deplorar en el ocio la pérdida de los compañeros de sus antiguos trabajos...»

Aquí sí que se ha perdido toda la poesía que puso Trifiodoro en esa imagen de los caballos sueltos por el campo después de una batalla. Y así está toda la traducción que trae Falconnet.

El poeta relata luego sobriamente la muerte de algunos guerreros notables: la de Aquiles, que «al

morir—dice—recobra a su amigo Patroclo; la del joven Antíloco, a quien llora su padre el viejo Néstor; el suicidio de Ajax de Telamón, que lava la espada matadora en el turbión de sangre de su herida; menciona a Héctor, arrastrado alrededor de la ciudad, y a los extranjeros que vinieron a ayudar a Troya, y que han perecido en las batallas: a Sarpedón, el licio; a Patroclo, hijo de Menecio y nieto del Cielo; a Reso, el tracio, muerto en profundo sueño la noche de su llegada; a Memnón, el hijo de la Aurora, la que se envuelve dolorida en celeste nube y roba al día la lumbre de sus colores. Y por fin, a la reina de las Amazonas, Pentésiléa, que sucumbe al empuje del fresno de Aquiles. Esta última mención es digna de que se fije en ella una atención especial. Véase:

«Hembras del Termodonte, caro a Marte,
doloridas lloraban, el redondo
seno en agraz sin leche golpeando,
a la virgen, curtida en las batallas,
Pentésiléa, que al guerrero coro
de tan diversas gentes acudiendo,
de mano mujeril al fiero impulso,
puso en fuga una nube de varones
hacia las naves, por el mar, batidas...

¿Os habéis fijado en la frase «el redondo seno en agraz sin leche golpeando»? ¿No habéis visto cómo pinta con un valiente rasgo Trifodoro la virginidad de las Amazonas, su rebeldía contra los varones, su feminidad independiente y salvaje? Pues ved ahora

TRIFIODORO Y VIRGILIO

cómo traduce esta linda definición de la amazona la versión francesa de que tratamos:

«Unas jóvenes guerreras, venidas de las orillas del Termodonte, donde tienen la costumbre de cortarse la extremidad de la mamella, se afligían por la muerte de Pentesilea.»

¡Cómo viene abajo, con esta violenta y ramplona transcripción, aquella ficción poética que creó a las vírgenes del Termodonte, ficción que tiene tanto derecho al respeto de los tiempos y de los hombres, como las mismas personas reales de carne y hueso!

Por mucho que nos hiera y mortifique esta idea de que las Amazonas se hubieran de mutilar, sin piedad a lo más bello y santo de su ser corpóreo, hemos de convenir en que no es genialidad ni invento de este traductor semejante aberración. Ella se lee en los códices y en las ediciones: ha recorrido los escritos de gramáticos de la Edad Media y de críticos de la Moderna; figura en las Antologías y en las modernas enciclopedias y se oye en explicaciones de Universidades. Una desacertada etimología de la palabra *amazona* ha dado vida a esta falsa idea durante siglos.

La palabra amazona—todo el mundo lo sabe—, de origen griego, se compone del alfa privativo y la palabra *ma7os*, que quiere decir seno de mujer. De aquí, e interpretando el concepto a la ligera, dedujo alguien que las amazonas carecían de senos; otro después, metiéndose a inventor, diría que les faltaba el seno derecho, para poder así con libertad manejar el arco, y otro, tal vez, añadiría que para que este seno no se desarrollase, lo quemaban o

comprimían desde la niñez. Si no fuera esto como lo supongo, yo recibiría con gusto la lección de aquel que me señalase el origen indudable de la afirmación de que se trata, origen que por ninguna parte he encontrado.

Herodoto, el primero que de amazonas habla, no dice de ellas nada semejante; Homero, en sus poemas, tampoco, ni poeta alguno de los que han utilizado el mito. ¿De dónde sale, pues? Vamos a ver si de la etimología sacamos algo en claro.

La palabra *maʒos* deriva de la raíz indoeuropea *mad*, que significa humedad; *maʒos* es el seno de la mujer, pero un seno húmedo, el de la mujer madre, en oposición al de la doncella, aunque por extensiones y analogías, según el proceso de la vida del lenguaje, haya venido la palabra, en sucesivas etapas, a expresar toda clase de seno de mujer. Pero el poeta o el historiador, o el pueblo que en remota época compusiera la palabra *maʒos*, la usó con aquel significado primitivo de seno que tiene humedad. Y ¡feliz definición la de Trifiodoro, que aclara y rectifica todo lo que de error haya podido haber hasta ahora en la interpretación de este mito de las amazonas! Estas no son más que unas mujeres con el seno en agraz, sin leche; son las vírgenes del Termodonte.

Habrá quien piense que es inútil y tonto rectificar errores en materia de esta clase. Después de todo, las amazonas no son seres reales, y no es una investigación que interese a la Historia humana averiguar cómo tuvieron el seno unas mujeres que no han existido, que sólo son obra de la fantasía de

TRIFIODORO Y VIRGILIO

poetas o narradores. ¿A quién se perjudica, pues, con suponer a las amazonas mutiladas en los pechos? A esto se puede contestar que las creaciones del arte tienen tanta realidad como las de la naturaleza, y gozan de vida más larga; las formas del arte son tan respetables como las de la Historia natural, y no se las debe mancillar ni afean. La Naturaleza admite, con frecuencia, monstruosidades que desfiguran el tipo de perfección de sus especies; pero el arte no admite monstruosidades. Si hubiera amazonas de verdad, podrían incurrir en aquella aberración que a las fingidas se les atribuye; podría ser también verdad que se mutilaban el pecho. Pero el arte no admite aberraciones. En poesía y en arte no hay nada verdadero, si no es al mismo tiempo bello.

Y, en efecto, en este caso de las amazonas, la Historia nos comprueba, con documentos de autenticidad indudable, que es la belleza la sola verdad del arte. En el siglo v, antes de Jesucristo, siglo de oro de la literatura y del arte helénicos, se celebró en Grecia un concurso de escultura para adornar el templo de Éfeso. A este certamen se presentaron diferentes estatuas de amazonas. Eran los escultores Fidias, Frádmon, Policleto, Ctesilao... Sus obras, por venturosa casualidad, les han sobrevivido mucho tiempo, han llegado a nuestros días; algunas se custodian originales en el Vaticano; otras se reputan copias de las primeras. En todas partes hay reproducciones y representaciones gráficas de esas esculturas. Basta mirarlas, para convencerse de que son hermosas figuras de mujeres completas, sin ninguna mutilación.

Pero, ¡ah!, que el viejo Cronos sigue devorando a sus hijos. Él es el único mutilador de mitos; él destruyó los brazos de la Afrodita de Melos; él decapitó la Niké de Samotracia, y él hundió en las Leteas aguas Minervas y Apolos, Hermes y Joves, discóbolos y doríforos. Respetemos nosotros las obras que el tiempo ha respetado, y afirmemos la belleza del arte en vez de macularla.

LA LEYENDA DE ENEAS

Dos siglos antes de Virgilio, Eneas era reconocido como padre del pueblo romano en las epopeyas y comedias de que antes hemos hablado; pero su leyenda venía formándose desde más antigua fecha. La crítica moderna así lo ha reconocido (*).

Es posible, dice André Bellessort en un notable libro publicado en 1920 (**), que toda la novela del personaje homérico de Eneas, hijo de Venus, haya salido del culto de esta Venus que los marinos griegos invocaban bajo el nombre de Afrodita Eneana, y a la que dedicaban santuarios sobre las costas mediterráneas. Por otra parte, se ignora si este epíteto *Eneana* significa madre de Eneas o sencillamente «ilustre». Es posible que los griegos se hayan ingeniado en esparcir por la Italia romana, cuya imaginación era pobre, una leyenda que halagaba su amor propio de antiguos vencedores de Troya, y que, sin embargo, no desagradaba a la vanidad de

(*) *La légende d'Enée avant Virgile*, de J. A. Hild.

(**) *Virgile, son œuvre et son temps*.



los romanos cultos, cuya cuna rodeaba del prestigio de los héroes y de los dioses de Homero. Si no estoy del todo convencido de ello, es porque la formación de leyendas me parece mucho más compleja y mucho menos voluntaria, y porque desconfío a menudo de los mitólogos como de los prestidigitadores. Desde luego todo es posible. Pero sabemos que Italia y Oriente han estado en relación desde el año 1000 antes de nuestra era. Sabemos que Italia fué colonizada por Pelasgos, es decir, Argonautas, llegados de Tesalia, y Cretenses y héroes de Homero «fugitivos, descontentos, contrariados en sus intereses como los Normandos de la Edad Media», y que los más audaces de los Helenos venedores partieron con ellos. La arqueología nos prueba que, al fin del siglo VIII, una civilización emparentada con la homérica se había implantado en Italia. La leyenda de Eneas no es, pues, del todo inverosímil.

Esta leyenda había entrado de largo tiempo atrás en el espíritu del pueblo y en los fastos de la Historia. El año 280, Pirro, rey de Epiro, llamado por Tarento, no dudó, según se dice, en su calidad de descendiente de Aquiles, en declarar la guerra a los Romanos, nietos de los Troyanos. Treinta años más tarde, el Senado pide a Etolia la libertad de los Acarnanios, bajo pretexto de que éstos fueron el único pueblo de Grecia que no mandó tropas contra los muros de Troya. El mismo Senado prometía, algún tiempo después, al rey de Siria Seleuco, su alianza y amistad, a condición de que eximiese de todo impuesto a los Troyanos, hermanos de los Romanos. En 205, al día siguiente de las victorias de

TRIFIODORO Y VIRGILIO

Aníbal y para conjurar nuevos desastres, un oráculo sibilino ordenó ir a buscar en Frigia la estatua de Cibeles; y Roma hizo valer ante los habitantes de Pesinonte, que la poseían, la comunidad de origen de las razas troyana y romana. Bajo el patronato del gran nombre de Eneas fué como la Madre de los dioses remontó el curso del Tíber. Lucio Escipión y Escipión el Africano, atravesando el Helesponto, quisieron detenerse en Troya; allí celebraron oficialmente el gozo de volver a ver su antigua patria y sacrificaron a Minerva.

Estos eran los antecedentes de la leyenda de Eneas, contada en la «Guerra púnica» de Nevio, y luego en los hexámetros de Ennio, dos siglos antes de Virgilio; y entre aquellos antecedentes, y como elocuente dato que añadir a la antigüedad del poema de Trifiodoro, se puede señalar la mención que en «La toma de Ilión» hace del héroe Eneas en los versos finales del poema, en los que ya se le atribuye la misión de ir a Italia a plantar al amparo de muros nuevos los Penates troyanos. Véase:

«Secretamente a Eneas Afrodita
y a Anquises libertó, de padre e hijo
compadecida, y lejos de su patria,
los trasladó a la Ausonia, de los dioses
el decreto cumpliendo, con la venia
de Zeus, porque eterno el mando fuese
de los hijos y nietos de la amada
de Marte, Citerea.»

La sencillez de esta mención, coloca indudable-

mente el poema de Trifiodoro, en aquellos momentos primitivos de la formación de la leyenda Eneana, antes de los poemas de Nevio y Ennio, o sea en la época de la literatura alejandrina.

Nada más puede afirmarse, ni con mayor seguridad deducirse, de los accidentes del lenguaje griego en Trifiodoro. Este lenguaje en los poemas épicos helénicos se mantiene inalterable, a través de todo el largo período de la literatura de Grecia, desde Homero a Tzetzes. Los poetas épicos no han empleado otro dialecto que el homérico, ni otra versificación que el hexámetro, y ésta aparece tanto más cuidada cuanto más se separa de su origen, porque los gramáticos, menos inspirados que los poetas, han tenido, en cambio, la preocupación de un mayor esmero en lo material de los poemas.

Virgilio—sigue ahora Bellessort—bebió anchamente en las obras de Catón y Varrón, en el poema de Nevio, en el de Ennio, del que no poseemos sino quinientos o seiscientos versos dispersos, y cuya pérdida ha condenado ciertos ecos de la vieja Roma a un eterno silencio. Consultó también historiadores, cuyas obras no tenemos, sin contar las crónicas locales, los archivos del pontificado, los documentos sobre la fundación de las ciudades. Es posible, además, que la autoridad de Augusto abriese a Virgilio, esta vez, los *Libros Sibílinos*, lo cual explicaría el *tú lo sabes* de aquella carta de Virgilio al Emperador, citada por Macrobio (*). Felizmente, en

(*) Macrobio, en sus Saturnales ha conservado este fragmento de una respuesta de Virgilio a una carta de Augusto,

TRIFIODORO Y VIRGILIO

el momento en que comenzaba Virgilio su poema, el azar llevó a Roma a un joven griego de Halicarnaso, Dionisio, que vivió allí veintidós años, y que pacientemente juntó y ordenó los materiales de un gran libro sobre las *Antigüedades romanas*. Se proponía con él rehabilitar a los ojos de sus compatriotas los orígenes de Roma, que ellos desconocían o despreciaban. Les demostraba que Roma, en vez de haber sido fundada por vagabundos, era obra de griegos: primero los Aborígenes del Peloponeso, luego los Arcadios conducidos por Evandro, las tropas del gran caudillo Hércules, reclutadas entre los Peloponesios, y, por último, descendientes del Arcadio Dárdano, los Troyanos de Eneas, de antigua y pura raza helénica. El libro de Dionisio de Halicarnaso tiene la ventaja de hacernos casi un resumen de todos los documentos de que se sirvió Virgilio; porque ambos hicieron el mismo trabajo en la misma época y tuvieron en las manos las mismas obras. Indudablemente conocieron la de Trifiodoro; pero Dionisio no tendría necesidad de mencionarla, por ser muy somera la referencia y no añadir dato ninguno al hecho de la salida de Eneas de Troya en busca de la Ausonia.

He aquí, pues—traduzco de Bellessort—, lo que Dionisio nos cuenta de Eneas según los historiados

que estaba impaciente de leer versos del Mantuano: «En cuanto a mi *Eneas*, si le juzgase digno de ser leído, no dudaría en enviártelo; pero está, a causa de mi insuficiencia, en tal estado de embrión, que apenas me parece que he comenzado obra tan grande, y, sobre todo, *tú lo sabes*, desde que le he consagrado nuevos importantes estudios.»

res y arqueólogos griegos y romanos más dignos de fe. (No he tenido tiempo de consultar esta cita en el original de Dionisio, pero hago honor a la veracidad de Bellessort por el favorable juicio que me ha merecido su discreta obra.) La noche en que los griegos entraron en Ilión, ya por la estratagema del caballo de madera, o por la traición de Antenor, se hubieran apoderado de toda la ciudad, si Eneas, encerrado en la Acrópolis, no les hubiese tenido en jaque. Pero, comprendiendo que era imposible salvar a una ciudad, cuya mayor parte estaba conquistada, hizo Eneas que se evadiesen las mujeres, los niños, los viejos, y decidió salir él mismo con sus compañeros, su padre, sus hijos, sus Penates y carros llenos de objetos preciosos. Todos se refugiaron en el monte Ida, donde los escapados de la matanza se unieron a ellos. Los griegos renunciaron a perseguirlos, a condición de que se retirasen de la Tróada. Luego que Eneas hubo equipado una flota, pasó el Helesponto y llegó a Tracia. Tal es la versión de Helánico que a Dionisio le parece más verosímil. Pero nos refiere también otras. Sófocles, en su tragedia de Laocoonte nos mostraba a Eneas abandonando a Troya antes de la toma de la ciudad. «Eneas, dice uno de los personajes de la tragedia, Eneas, hijo de Venus, sale de la ciudad. Su madre se lo ordena, y la desgracia de Laocoonte no le deja ninguna esperanza. Él lleva sobre sus hombros a su padre Anquises, que va vestido de un traje de lino, y cuyos lomos habían sido heridos del rayo. Su familia le rodea. Va escoltado de un número mayor de ciudadanos de los que vosotros

TRIFIODORO Y VIRGILIO

quisierais; pero todos los que aman la colonia de los Frigios están muy satisfechos de ello». Despreciamos a los cronistas que acusan a Eneas de haber entregado la ciudad a los Griegos, y a aquellos que creen que, durante el saco de Ilión, Eneas guerrea en Frigia. Virgilio ha fundido muy hábilmente el relato de Helánico con el de Sófocles. Su Eneas es por completo el hombre sobre el cual, en la noche trágica, reposa todo el destino de Troya, como en Helánico, aunque le falte la defensa de la acrópolis. Como en Sófocles, es advertido por su madre de que toda resistencia es vana, y se retira de allí más modestamente, con su padre en los hombros y su familia detrás; pero no sale sino a través de ruinas y de incendios.

Hasta aquí lo que interesa al objeto de nuestro trabajo, que no es otro que comparar el poema de Trifiodoro con el libro segundo de la *Eneida*, obras ambas contenidas en este tomo a continuación del ya largo prólogo. Hay que ir pensando en dar a éste un corte.

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

VI

LOS RAPTOS, CAUSA DE GUERRAS

No voy a hablar (sería ridícula equivocación pretender descubrir cosa tan conocida) de lo que representa en la Historia el sitio de Troya, correspondiente a los tiempos fabulosos o heroicos de Grecia, acontecimiento en que se manifiestan las primeras hostilidades entre Asia y Europa, entre aquellas dos civilizaciones, cuyo choque culminó en Alejandro de Macedonia; pero sí me place transcribir unas curiosas noticias que lei en Herodoto.

Cuenta el Padre de la Historia que los fenicios fueron los primeros en provocar la discordia. Cargadas sus naves de géneros propios del Egipto y de la Asiria, llegaron a Argos, ciudad la más principal entonces de la Hélada, que los latinos llamaban Grecia.

Los negociantes fenicios, a los que acudieron en gran número las jóvenes argivas a comprar mercancías a la playa, robaron a la princesa Io, hija de Inaco, el rey de Argos, y partieron con ella para Egipto: Este el principio fué de los atentados públicos entre asiáticos y europeos. Andando el tiem-

TRIFIODORO Y VIRGILIO

po, los griegos de Creta vengan la ofensa de Io, robando a un príncipe de Tiro su hija Europa, y otros helenos se apoderan en la Cólquida de Medea, hija también de rey. Alejandro o Paris, uno de los cincuenta hijos de Príamo, rey de Troya, sabedor de que los raptos anteriores han quedado impunes, tuvo el capricho de poseer alguna mujer ilustre robada de Grecia, creyendo sin duda—dice Herodoto—que no tendría que dar por esta injuria ninguna satisfacción. Raptó, en efecto, a Helena, hija de Tíndaro y esposa de Menelao, rey de Esparta, y se la llevó a Troya; pero esta vez el desafuero produjo consecuencias terribles. Numerosos reyes griegos unidos al injuriado Menelao, van con mil naves contra Ilión; sostienen allí un sitio de diez años, y acaban por destruirla, rescatando a Helena, que había tenido en Troya dos maridos, durante su apartamiento del legítimo Menelao.

En opinión de los persas—observa el socarrón Herodoto—esto de robar las mujeres es a la verdad cosa que repugna a las reglas de la justicia; pero tampoco es conforme a la cultura y civilización el tomar con tanto empeño la venganza por ellas, y por el contrario, el no hacer ningún caso de las arrebatadas es propio de gente cuerda y política, porque bien claro está que, si ellas no lo quisiesen de veras, nunca hubieran sido robadas.

Sagaz observación la de los persas, que tiene su comprobación en los diferentes poemas que nos refieren estos raptos. Veamos primero las lamentaciones de Europa contenidas en una de las odas de Horacio.

..... Tal la suerte
 de Europa fué, cuando su níveo cuerpo
 al mentiroso toro confiara.
 Ante el ponto, de monstruos rebosante,
 palideció la audaz. Por todos lados
 la rodea el peligro. No hace mucho
 que, ansiosa de las flores, en praderas
 tejía de las ninfas las guirnaldas.
 Y ahora, a la luz dudosa de la noche,
 otra cosa no ve que astros y ondas.
 Cuando a Creta arribó, la isla potente
 por sus cien fortalezas, «¡Padre—dijo—
 santo nombre por tu hija deshonrado,
 y santo amor vencido por locura!
 ¿De qué altura bajé y adónde vine?
 Una muerte es muy poco, por castigo,
 a tanto deshonor. Mas, ¿lloro acaso
 en realidad mi falta vergonzosa,
 o una vaga ilusión, un vano sueño
 que de la puerta de marfil ha huído,
 juega, ay de mí, con la que está sin culpa?
 ¿Era mejor atravesar por medio
 de inmensas olas, que recientes flores
 en el campo coger? Si alguien ahora
 el infame novillo me entregase,
 es tal mi irritación, que hallara fuerzas
 para romper con mi puñal los cuernos
 del monstruo que hace poco amé yo tanto.
 Sin pudor me dejé patrios Penates;
 sin pudor me detengo en ir al Orco!
 ¡Oh Dios, si es que hay alguno que me oiga,
 haz que vague desnuda entre leones!

TRIFIODORO Y VIRGILIO

Antes que a estas mejillas sonrosadas
desdoren palideces macilentas,
y de esta tierra presa, se derrame
el jugo juvenil de mis encantos,
pasto he de ser de tigres.—Vil Europa,
tu padre ausente te lo manda. ¿Dudas
todavía en morir? O de este olmo
con ese cinturón que te acompaña
ponte a pender, o si prefieres peñas
y escollos aguzados, pronto, corre,
y entrégate a la furia procelosa.
Si no lo haces así, tú, con tu regia
sangre, tendrás que manejar el huso
y la rueca servil, bajo el dominio
de una extranjera dama, que te trate
como una concubina de su esposo.»
Junto a la que se queja del malvado,
Venus risueña está, y está su hijo,
flácido el arco. Luego que se hubo
regocijado bien, le dijo: «Abstente
de furiosas peleas y de iras,
cuando el odiado toro aquellos cuernos,
que quisieras quebrar, ponga en tus manos.
No sabes, infeliz, que esposa eres
del invencible Júpiter. Sollozos
deja, y aprende a conllevar tu magna
suerte. Desde ahora llevará tu nombre
una importante parte de la tierra.»

Ahora escuchad a Coluto de Licópolis, que describe de esta manera el rapto que motivó la guerra de Troya.

PARIS ANTE EL PALACIO DE HELENA

Ya de gracias divinas adornado,
 ante el palacio del Atrida, Paris
 se detuvo por fin. Nunca Tione
 hijo tan admirable dió de Zeus.

.....
 Y ahora, alzando tapices, y dinteles
 atravesando, el atrio Helena cruza,
 y en la puerta quedó de su palacio
 mirando en derredor. Cuando vió a Paris,
 le llamó al punto, y le llevó a los sitios
 más reservados de la casa. Luego
 en un sitial de plata, que reluce
 recién bruñida, le mandó sentarse.

No se saciaba de mirarlo; a veces
 juzgaba que era el hijo de Afrodita,
 ministro de los tálamos. Mas, ¿cómo,
 si no llevaba aljaba ni saetas?

Ya por su noble faz y los fulgores
 de su mirada, contemplar creía
 al Numen de vid; pero no tiene
 puesto el collar de pámpanos y uvas
 sobre que se alza su cabeza hermosa.
 Por último, en el colmo del encanto,
 salieron de su boca estas palabras:

«—Huésped, ¿de qué maravillosa estirpe
 eres tú? Dímelo: por tu belleza
 un rey pareces...»

Vemos, pues, que Helena no se recata de expre-

TRIFIODORO Y VIRGILIO

sar a Alejandro la admiración que su presencia le produce. Paris contesta con un vanidoso discurso, en que, ausente la ternura amorosa, brilla más que nada el orgullo de los timbres que él ostenta. Y dice:

«Si acaso oiste
hablar de que en los límites de Frigia
una ciudad, Ilión, fué rodeada
por Poseidón y Apolo de altas torres;
si la fama de un rey inmensamente
rico de Troya te halagó el oído,
rey cuyo nacimiento de la estirpe
procreadora de Zeus se deriva,
éstos son, reina, mi familia y patria,
y con ventaja ostento propiedades
que de mi raza son. Pero una diosa
me ofreció que una ninfa apetecible,
exclarecida y digna de mis hechos,
se entregaría a mí. Se llama Helena.
Cítrea lo manda: concertemos,
pues, nuestra unión. Si me rechazas, teme
las iras de Afrodita, que me ayuda.

¡Qué falta de delicadeza en esta manera de enamorar de Paris! Aquí impone su fuerza, como si fuera un jayán. Luego añade:

Y nada más. ¿Qué puedo yo enseñarte que tú no sepas? Las mujeres de Argos sois de tal condición, que la más débil delicada de miembros, tiene un alma templada en el valor como los hombres.»

Dijo, y la ninfa de admirables ojos
 en tierra los fijó perpleja un rato,
 y nada respondía... Pero luego,
 enajenada de emoción, gritaba:
 «—¿Conque es cierto, viajero, que los muros,
 en otro tiempo, de tu patria alzaron
 Apolo y Poseidón? ¡Con cuánto gozo
 el egregio trabajo de los dioses.
 viera, y el prado fértil, en que Febo
 los flexípedes bueyes pastoraba,
 y en que veces y veces los seguía
 hasta el mismo dintel de aquellas puertas
 obra de dioses. ¡Sácame de Esparta!
 ¡llévame a Troya! Seguiré tus pasos,
 como manda Afrodita, la que nupcias
 preside.

Y luego, en transición brusca, añade la ninfa:

A Menelao no le temo,
 aunque me busque en Troya. Lo conozco,
 y es de carácter apacible y manso.»

Tenían razón los Persas de Herodoto. Helena,
 sin su voluntad, nunca hubiera sido raptada. Por-
 que las fuerzas de Hércules, como dijo el goberna-
 dor de la ínsula Barataria, no forzarían a una mu-
 jer, si ella defendiera su cuerpo como defendió la
 bolsa del ganadero aquella dueña que poco antes se
 dejó arrebatarse lo que más de veintitrés años guar-
 dado había de moros y cristianos.

Y ahora volvamos rápidamente a nuestro Trifio-

TRIFIODORO Y VIRGILIO

doro. Es indudable, por la lectura de la versión de su poema, que a continuación aparece, que brillan en el autor del mismo las altas cualidades de un eximio poeta unidas a la sencillez de expresión, ajena a toda la afectación y el rebuscamiento que son propios de los escritores decadentes. Más se parece Trifiodoro a un primitivo; más cerca está aún de Homero que de la Escuela sabia de Alejandría; pero de cualquier manera que se le clasifique, no hay razón para tratarle con el poco aprecio en que hasta ahora se le ha tenido. Yo confío en que, a pesar de mi falta de medios para hacer resaltar en castellano las excelencias del original, no habré perdido del todo el tiempo en una empresa inútil. De aquí en adelante espero que los críticos y los poetas otorguen a Trifiodoro la autoridad que, en otro aspecto, en el filológico, le reconocen los gramáticos y lexicógrafos. Y sobre todo aspiro a que a la pregunta: «¿Qué sabe usted de Trifiodoro?», no pueda nadie contestar diciendo: «Que existió, y gracias... No sé cuándo, ni qué hizo. Forma parte de la vasta enciclopedia de mi ignorancia.»

Y tiene ahora la palabra Trifiodoro.



LA TOMA DE ILION POR TRIFIODORO

I

INVOCACIÓN

EL laborioso fin de larga guerra;
y la emboscada, dentro del caballo,
de Atenea la argiva, tú, ahora mismo,
a mí, que tengo prisa, con muy pocas
palabras, cuenta me, Caliope, y esa
discordia antigua, que a su fin tocaba,
en un rápido canto desenvuelve.

II

EL DÉCIMO AÑO DEL SITIO

YA diez veces giraron del Sol luces,
mientras, vieja Belona e insaciable
de muertes, sus estragos extendía
en Troyanos y Dánaos. Muchas lanzas
inertes de las manos han caído
desfallecientes de varones muertos;
cesan de amenazar espadas muchas;
de corazas estrépitos se extinguen;
y rotas sus correas, disminuye
de escudos mil la conexión, escudos
que ya no se alzan más, ni el choque ansían
retumbante del dardo; y curvos arcos
aflojan se, y al suelo las veloces
flechas se rinden. Los caballos, lejos
del ocioso pesebre, se conduelen
de su suerte infeliz unos con otros,
y echan de menos del finado auriga
látigo y riendas. Y yacía Aquiles
recobrando, al morir, su amigo muerto;
y del joven Antíloco, su hijo,
lloraba el viejo Néstor la desgracia.
Ajax, también, con la mortal herida

LA TOMA DE ILION

que él mismo se hizo, su robusto cuerpo
desenlazó, y la espada matadora
lavó en la furia del turbión de sangre.
Mas los Troyanos, que lloraban de Héctor
el afrentoso arrastre, no tan sólo
el dolor de su pueblo lamentaban,
sino también las doloridas quejas
que en extraños idiomas a su lado
se oían en Ilión, y respondían
con lágrimas al llanto de los hombres
que vinieron a Troya a defenderlos.
Y a Sarpedón lloraban con los Licios;
Sarpedón, que en mal día mandó a Troya
su madre, envanecida de que parte
el tálamo con Zeus; mas la lanza
de Patroclo, el nacido de Menecio,
le derribó, y hoy con su sangre funde
lágrimas de dolor el Cielo patrio.
Bajo noche falaz el sueño torpe,
que ata a Reso los pies, lloran a gritos
los Tracios, y por causa de la muerte
de Memnón, en celeste nube envuelta
la Aurora, madre de él, al cabizbajo
Día robó la lumbre de sus fuegos.
Hembras del Termodonte, caro a Marte,
doloridas lloraban, el redondo
seno en agraz sin leche golpeando,
a la virgen curtida en las batallas
Pentesilea, que al guerrero coro
de tan diversas gentes acudiendo,
de mano mujeril al fiero impulso,
puso en fuga una nube de varones

hacia las naves por el mar batidas.
Con su lanza de fresno, empero, Aquiles
contra ella arremeti6, le di6 la muerte,
el bot6n recogió de su armadura,
y la honró con piadosos funerales.

III

PREDICCIÓN DE HELENO

No obstante, en pie se alzaba todavía entera Ilión, en sus cimientos firmes asentada, debido a aquellos muros que labraron los dioses. La demora molesta impacientaba a los Aqueos. Contrita por las últimas refriegas, aun siendo infatigable, acaso Palas sudara en vano, a no ocurrir entonces (por aquella insolencia consentida a Deifobo el adúltero) que vino de Ilión, entre las filas de los Griegos, extranjero profeta; el cual, juzgando al manso Menelao de este modo complacer, de su patria Ilión la ruina (que tardaba en cumplirse tanto tiempo) vaticinó. Los Griegos, pues, movidos de aquella predicción de aquel terrible celoso Heleno, al punto prepararon de la guerra tenaz el fin urgente.

IV

CONSTRUCCIÓN DEL CABALLO

Y de Esciro llegó (ciudad famosa por sus vírgenes lindas) aquel hijo que de Deidamia bella Aquiles tuvo. No le apuntaba el bozo en el semblante noble y gentil, y ya asomaba al mismo el temple de alma de su padre, aun siendo nuevo en las lides el doncel. Y al campo griego acudió también, auxiliadora de sus amigos, Palas: la madera de su estatua sagrada conducía, aunque robada apareciera. Y bajo auspicios de la diosa, el ingeniero Epeo fabricaba ya, enemigo de Troya, el artefacto monstruoso del caballo fatal. Y sus maderas cortaba, y las bajaba al llano, desde el Ida mismo, al que también Fereclo subió por orden de Alejandro, naves sacando de él, que fueron el origen de tanto sufrimiento. Y él labraba dentro de los amplísimos costados vientre capaz, haciendo tanto hueco, tan magna cavidad, como en trirreme

LA TOMA DE ILION

(según normas seguras) en redondo
el artífice traza. Y asimismo
sobre los huecos pechos ajustando
una cerviz, le puso por remate
brillante crin de oro, que sublime
ondeando cual ola sobre el curvo
cuello, a partir de lo alto de la frente,
trabada en una trenza se elevaba
a manera de cresta. Y unos ojos
incrustó cristalinos en dos orbes
de azul berilo y sangre de amatista.
Compuestos de mezcladas piedras glaucas,
con cambiantes de luces y matices
brillaban estos ojos. De blancura
resplandecientes, figuró en la boca
dientes que parecían empenados
en morder los extremos del versátil
freno, y la abierta vía de anchas fauces
disimuló, y velando por que hombres
ocultos respirar pudieran, hizo
que el vivificador aire fluyese
por la nariz adentro. Y las orejas
colocó de las sienes en lo alto
sobremanera rectas, siempre prontas
el sonido a esperar de los clarines.
Y a los ijares adaptó los lomos
con la espina dorsal que ondea, y ancas
y ágiles nalgas copuló. Colgando
hasta las mismas plantas se extendía
la despeinada cola, como suele
la vid pender en tortuosos flecos.
En ágiles rodillas encajadas

las piernas, como a punto parecían de lanzarse al galope; tal presteza simulaban tener. Y, sin embargo, quietas estar su condición les manda. Y no faltaban, no, como remate de las piernas, metálicos los cascos, que brillaban cual jaspe, recubiertos de vetada concha de tortuga, y al suelo parecía no tocaban las cuatro uñas fortísimas de bronce. Una puerta, además, cerrada puso, y una escalera fabricó: invisible ésta, por dentro, unida a los costados, aquí y allá la insidia llevaría del célebre caballo de los griegos; ligada y firmemente asegurada aquella por debajo, su camino les tendría que abrir para lanzarse impetuosamente desde arriba. A ambos lados también desde la blanca cerviz de aquel caballo ciñó en torno las purpuradas flores de sus belfos con cuero de las riendas, y los giros tortuosos del freno que le manda, aliándolo al marfil y al argentado metal que hace dar vueltas. Y cuando hubo pulido por doquier el pernicioso caballo, sendas ruedas con sus fuertes radios bajo los cuatro pies le puso, a fin de que después, sacado al llano, dócil al freno sea, y no difícil haga el camino a los que a andar le fueren.

V

ASAMBLEA DE REYES

TAL brillaba de horror y de hermosura
el corcel arrogante y elevado,
que, si vivo tal vez se lo encontrara,
dirigirlo en la lid no rehusaría
el caballista Marte. En torno al mismo,
un alto muro se elevó, no fuera
que alguien, antes de tiempo, lo mirase,
y descubriendo el arte de su engaño,
hiciera luz sobre él. Interin iban,
los Griegos que, en las naves de Micenas
de Agamenón, pudieron escaparse
del tumulto y empuje de las masas
sublevadas, los Reyes a consejo
congregando. Y entonces, infundida
de un pregonero de dicción robusta
en el cuerpo mortal, para alentarle
y aconsejarle, presentóse a Ulises
la impetuosa en lides Atenea,
en néctar, dulce cual la miel, untando
la voz fuerte y sonora de aquel hombre.
El cual, revuelto su ignorante juicio
con la divina inspiración, primero

quedó inmóvil en pie, fijando en tierra
el dardo penetrante de su vista;
pero, de pronto, de eternas voces
la Diosa abriendo el parto, un trueno horrible
hizo estallar, y cual de aérea fuente,
proyectó esta melíflua catarata:
«—Oh, amigos, ya en verdad el escondrijo
disimulado se acabó; lo han hecho
manos humanas; pero, ciertamente,
se hizo con los auspicios de Atenea.
Vosotros, pues, que tanto habéis fiado
en vuestras manos fuertes, siempre prontos
a ánimo audaz y a valeroso pecho,
seguidme, porque aquí no nos conviene
mucho tiempo ya estar entre fatigas
inútilmente envejeciendo, sino
que es menester que vivos acabemos
épica hazaña, o que con muerte cruenta
de la infame deshonra huyamos todos.
A nosotros augurios y esperanzas
nos favorecen más que al enemigo.
¿O es que habéis olvidado por acaso
el antiguo dragón y laavecilla,
y el plátano frondoso, y con los tiernos
hijos llamados a morir, la madre
quitada sin piedad de sus polluelos?
Si, pues, los vaticinios del anciano
Calcas hicieron demorar la obra,
hoy de Heleno, el profeta advenedizo,
las predicciones nos prometen una
prontísima victoria. A mí, por tanto,
obedeced, y del caballo, audaces

LA TOMA DE ILION

y rápidos, entremos en el vientre;
que luego los Troyanos a su ruina
paso darán gustosos, de la diosa
intrépida engañados por la astucia,
introduciendo en Troya el artificio
perdición de sus hombres, y abrazando
su mal con él. Mas los que el cargo tienen
de las naves, que suelten las amarras,
y antes de echarse al mar, que con su propia
mano den fuego al mimbre de las tiendas,
dejen desierto el litoral abrupto
de la troyana tierra, simulando
la vuelta a Grecia de la escuadra toda,
hasta que de la torre del vigía,
que en el puerto quedó, llegue lanzada
al litoral vecino hasta vosotros
una luz en la noche, que os ordene
dirigir otra vez acá las proras.
No haya entonces pereza que descuide
el remo apresurar, ni nube alguna
de espanto, como suelen a los hombres
las tinieblas traer, horrores finja,
que hagan temblar a las cobardes almas.
Cual primera virtud, brille en vosotros
ingénito el honor; que nadie empañe
su gloria con vergüenzas; de tal suerte
todos y cada cual se muestren dignos
de recibir el premio a sus hazañas.»
Así dijo, y salió de la asamblea.

VI

ENTRADA DE CAUDILLOS EN EL CABALLO

A sus palabras, le siguió el primero,
 e igual a un Dios, Neoptólemo: cual potro
 que retoza saltando por el llano
 húmedo de rocío, y va engreído
 de flamantes adornos y jaeces,
 látigo y amenazas prevenía
 de conductor de carros. Se echó pronto
 vivamente tras él Diomedes, hijo
 de Tideo, pasmado de que fuese
 de Neoptólemo tal la semejanza
 con lo que Aquiles fué. Cianipo sigue
 a quien Cometo, la de ilustre cuna,
 tras de sus breves nupcias con Tideo,
 tuvo de otro varón de fuerte escudo:
 de Egialeo, también muerto muy pronto.
 Tras de él se alza también y en pie se pone
 Menelao. Salvaje ansia le lleva
 con Deifobo a reñir; sentado estaba
 y con ira tremenda, vivamente,
 al segundo querido de su esposa
 deseaba atrapar. Impetuoso
 lanzóse tras de aquél Ajax de Oileo,

LA TOMA DE ILION

en Lócrida nacido, todavía
mantenedor de un ánimo sensato,
que aún no había cebado torpemente
en ninguna doncella sus furores.
Luego se alzó también Idomeneo,
rey de Cretenses, cuyo pelo empieza
ya a blanquear. Y de Nestor nacido
iba en pos Trasimedes el robusto,
y el tirador de lanzas Telamonio,
teucro también. Y el vástago de Admeto,
Eumelo, se lanzó, rico en caballos.
Detrás, sin vacilar, el adivino
Calcas alzóse; persuadido estaba
que, a su fin caminando las fatigas
que ninguno igualó, ya los Aqueos
iban, por fin, a hollar bajo los cascos
de potros griegos la ciudad troyana.
Y no se permitió de ningún modo
dejasen de prestar ayuda el hijo
Euripilo, de Eumón, Leonteo el bravo,
ni Demofonte, ni Acamante, prole
de Teseo los dos, ni aquel de Ortigia,
Anticlo, muerto del caballo dentro,
y sepultado en él por los Aquivos,
que lloraban su muerte; ni tampoco
Peneleo, Megeto, ni Antifates
viril, ni Ifidamante, ni el de Pelias
Euridamente sucesor, ni armado
de su arco Anfidamante. Y tras de todos
montó, sin vacilar, el que en su oficio
tan ingenioso se mostrara: Epeo.

VII

LOS PREPARATIVOS DE LA INSIDIA

IMPLORANDO a la diosa de ojos verdes,
 hija de Zeus, a la nave equina
 caminaban veloces. Y Atenea,
 componiendo un manjar de dioses propio,
 lo puso allí para que no faltase
 a aquellos que durante todo un día
 en acecho han de estar, el alimento,
 no fuera que sus piernas se doblaran,
 exhaustos y afligidos por el hambre.
 Y así como acontece cuando el frío,
 coagulando vapores de las nubes
 de pie veloz, esparce por las tierras
 cultivadas los mantos de la nieve,
 que, liquidada, su imponente flujo
 deja escapar por la pendiente abajo
 lanzándose en tumulto, y los fragores
 del torrente nutrido en la montaña
 oyendo con temblor, huyen las fieras
 de su hueco cubil bajo el repliegue,
 y en la entrada se quedan silenciosas,
 las laderas mirando, y hambre aguda
 sufriendo a su pesar, y con paciencia

LA TOMA DE ILION

esperan el momento en que se calme
la furia de las aguas, asimismo
lanzándose en el cóncavo escondite,
molestias insufribles soportaban,
infatigables siempre, los Aqueos.
A los cuales por dentro cerró puertas
del preñado corcel el fiel vigía
de aquel oculto indescifrable engaño
portero Ulises. Y él desde la frente
del caballo observaba; mas sus ojos,
que todo desde allí lo ven, ocultos
quedan a los que miran desde fuera.
Entonces el Atrida, a los criados
griegos mandó, que con los curvos picos,
labrados con primor, el pétreo muro
que ocultaba al caballo derribasen,
a fin de abandonarle sin estorbos,
y que visto por todos desde lejos,
mostrase sus gallardas proporciones.
Y los obreros, ante el real mandato
de destrucción; ahondaban en la obra.
Cuando el Sol, conduciendo las espesas
tinieblas de la noche para el hombre,
al Ocaso, calzado por las nubes,
la luz que desde el Cielo manda el día
iba inclinando, voz de pregoneros
entonces se esparció sobre las tropas
mandando huír, y hacia la mar profunda
los navíos de bellos espolones
arrastrar y soltarles las amarras
que sujetan las popas. Y los que antes
con las teas de pino resinoso

el ímpetu del fuego transmitieron,
los que incendiaron las seguras vallas
que las tiendas fortísimas rodean,
ganaban la alta mar, abandonando
el litoral Reteo, hacia el opuesto
puerto de la ciudad que torres ciñen
y Ténedos se llama, las cerúleas
aguas surcando de Heles de Atamante.

VIII

LOS TROYANOS ENCUENTRAN EL CABALLO

SOLO, en verdad, con voluntarias llagas abiertas en su cuerpo, abandonado, quedó Sinón el Corciriano, jefe mentiroso, que engaños y asechanzas viles contra Troyanos encubría. Asimismo, también, cuando con redes de estacas, a las fieras circundando, que vagan por los montes, de cien ojos les pusieron reunidas emboscadas cazadores en bando, y sólo uno, de los demás aparte, oculto queda bajo espeso ramaje refugiado, escudriñando redes, en acecho de la pieza que caiga; de este modo con estigmas marcados los heridos miembros, un triste fin de Troya teje Sinón, y por los hombros hacia abajo de las ficticias llagas le fluía sangre abundante. Y el incendio mientras en torno de las tiendas se enfurece en el transcurso de la noche, el humo vomitando, en el ímpetu revuelto



del voraz torbellino. Y era Hefaiostos
el que ordenaba con bramido horrible
y huracanes contrarios sacudía,
y soplaba también la misma madre
del fuego-dios que nunca muere, Juno,
que a los mortales manda sus fulgores.
Ya, pues, a los troyanos y mujeres
de Ilión llegaba al puntear del alba,
en sombra aún, la fama vocinglera
que denunciaba la enemiga huída
con el penacho indicador del humo.
Y rápidos entonces se lanzaron,
las tardas en girar puertas abriendo,
fuera de Ilión, jinetes y peones,
derramándose, en fin, por la llanura,
recelosos, no obstante, de que todo
no fuera un nuevo engaño de los griegos.
Unciendo mulas a veloces carros,
de la ciudad al campo descendían
con su monarca Príamo otros muchos
ancianos regidores de la plebe,
que retozaban de insensato gozo
con juvenil agilidad, pensando
que ya a todos sus hijos en paz deja
el sanguinario Marte, y asimismo
su propia ancianidad juzgando libre
de fatigas y sustos. No por mucho
tiempo, en verdad, llamados a alegrarse
estaban, sin embargo, pues de Zeus
la voluntad así lo decretaba.
Pero ellos, cuando vieron el airoso
cuerpo de aquel artístico caballo

LA TOMA DE ILION

puestos en torno de él, lenguas se hacían de admiración, lo mismo que alborotan viendo un águila fuerte, y dan agudos gritos alrededor, los grajos, de ella. En confusión cayeron unos y otros, pensando lo que hacer; era espinosa la solución, porque unos, fatigados de aquella guerra, causa de dolores, y odiando aquel caballo, que parece obra de griegos, estrellar querían en hondo precipicio su trabajo, o con hachas cortantes de dos filos en menudos pedazos deshacerlo. Pero otros, confiados en las muestras de la recién pulida obra de arte, aconsejaban el marcial caballo a dioses consagrar, y así sería de la enconada guerra con los griegos un recuerdo expresivo en lo futuro.

BIBLIOTECA

INSYRUPY PRIVINDA

SORIA

IX

LA DOBLEZ DE SINÓN

MIENTRAS deliberaban los troyanos,
lleno de cardenales por doquiera
y el cuerpo en desnudez, por la llanura
dejó ver su figura lamentable
un varón; sangre indigna en unas llagas
insoportables, huellas perniciosas
de los azotes ágiles, traía.
Rápido el hombre, haciéndose un ovillo
de Príamo a los pies, con suplicantes
palmas a las rodillas temblorosas
asido del anciano, e implorando
su protección, tejido de mentiras,
hizo aquel hombre oír este discurso:
«—Si tuvierais piedad de uno que en naves
de Argivos navegó; si la existencia
conservarais a un mísero que puede
salvar a la ciudad de los troyanos,
¡oh, Dardanío, varón que empuña cetro!...
Con el más enconado de los odios
miro a los griegos: sin temor alguno
a castigo de dioses, me ultrajaron,
sin crimen yo, malvados y crueles

LA TOMA DE ILION

siendo conmigo, como siempre fueron.
Así también a Aquiles los honores
arrebataron sin razón; lo mismo
aislaron sin piedad a Filoctetes,
envenenado por la Hidra; en tierra
sin vida a Palamedes arrojaron
por envidia no más, y ahora inauditas
cosas conmigo hicieron en su loco
orgullo heridos, porque yo no quise
en sus naves huír; porque a quedarse
exhorté yo también a mis amigos.
Ciegos de vanidad (porque el orgullo
perturba la razón), me desnudaron
de mis ropas, y herido todo el cuerpo
por vergonzosos látigos crueles,
me dejaron en playas extranjeras.
Oye, piadoso rey, la voz de Zeus,
que ampara al que suplica. Pues motivo
de gozo para griegos será grande
si permitís que yo bajo las manos
de Troyanos perezca, siendo huésped
que pide protección; pudiendo a todos
vosotros ayudar, para que nunca
os asalte el temor de que el Aqueo
vuelva a traer a la ciudad la guerra.»
Así el traidor habló, y el rey anciano
calmó sus ansias con palabras dulces:
«—Extranjero, no temas tú tampoco
unido a los Troyanos; ya escapaste
a la insolencia vil de los Aquivos,
y amigo nuestro siempre, ni tu patria,
ni opulentos palacios, con nosotros

de menos has de echar. Mas ven y dime:
¿Qué te parece a tí que este caballo
maravilloso nos traerá? ¿motivo
debe ser de temor? También tu nombre
dime y tu patria, y dime de qué tierras
las naves te trajeron.» Confiado
en el monarca ya, ladino el héroe,
así le contestó: «—De todo debo
hablarte agradecido, pues lo mandas.
Es mi ciudad natal Argos, y el nombre,
que me dieron, Sinón; se llama Esimo
mi anciano genitor. Y ese caballo,
anunciado a los Griegos hace tiempo,
lo ha fabricado Epeo. Por los dioses
determinado está que si su mole
permitís que se quede en este sitio
en que está colocada, la Troyana
ciudad ante la lanza de los Griegos
se ha de rendir; mas si sagrada ofrenda
hacéis de él a los dioses, y en las naves
de su templo Atenea lo recibe,
no volverán los Griegos, hoy huídos,
a renovar la interminable lucha.
Acabemos ya, pues: por todas partes
con cadenas atadlo, y todos juntos
en torno de él, llevemos a la magna
Acrópolis de Troya este caballo
con sus riendas de oro. Que Atenea
protectora de Ilión, sus pasos guíe,
y la artísticamente trabajada
ofrenda se apresure por sí misma
en su templo a acoger.» Nada más dijo.

X

ENTRADA DEL CABALLO EN ILIÓN

Y el Rey, cuando acabó Sinón, ordena que le den a vestir capa de lana y túnica. Y entonces los troyanos, con correas de piel de toro fueron, y retorcidos cables, las amarras poniendo en torno, y las veloces ruedas, sobre el llano al girar, tirando iban del instrumento asaltador, repleto de héroes aristocráticos. Delante flautas y liras moduladan cantos en armónicas voces. ¡Desgraciada raza de estultos hombres que las brumas no aciertan a sondar de lo futuro! Con imprudente y prematuro gozo grita la multitud, e ignora a veces que va derecha a acelerar su ruina. Y qué calamidad a los Troyanos, qué destrucción de vidas avanzaba, yendo a placer, a la ciudad, y yendo con músicas y cánticos, ninguno de los hombres sabía, pues que iban atrayendo hacia Ilión, impetuosos,

un espantoso interminable luto.
Flores de la cuajada de rocío
cuenca fluvial segando, rodeaban
con guirnaldas el cuello, en que la trenza
se erguía de la crín de su verdugo.
La tierra, triturada bajo el bronce
pesado de las ruedas, sordamente
mugía, y por las mismas restregados,
con estrépito rudo, iban los hierros
gimiendo de los ejes, rechinaban
las juntas de los cables, y extendida
y crugiente, exhalaba la cadena
espirales de polvo ennegrecido.
Un clamor, un estrépito frecuente
se alza de los que tiran; brama el monte
Ida en las espesuras de las sombras
de encinas a las Ninfas consagradas;
lanza gritos también del río Janto
el agua que en cien giros se retuerce,
y con agudo són la embocadura
del Simois retiembla, y en el cielo
la trompeta de Zeus predecía
oráculos de ruina que amenaza.
Y la van conduciendo, sin embargo,
y no dejan de andar; y era el camino
áspero, entorpecido por arroyos,
y nunca a la planicie semejante.
El caballo veloz era llevado,
por los que tiran de él, junto a las aras
consagradas a Marte, y de sus fuerzas
rudas envanecerse parecía.
Y Atenea también con fuerza empuja,

LA TOMA DE ILION

en las recientemente fabricadas
grupos las manos apoyando. E iba
por tal razón corriendo, sin que nadie
le pudiera alcanzar, y del espacio
a través, más veloz que aguda flecha,
el monstruo se lanzaba, y con su impulso
en ágil caminata, en grandes brincos,
iba haciendo avanzar a los Troyanos
hasta acercarse a las Dardanias puertas.
Pero, ah, que eran estrechos los batientes
para el que quiere entrar, y tuvo Juno,
hasta dejar la ruta practicable,
que detener al monstruo en su carrera.
Las jambas ensanchó; desde las torres
Poseidón el dintel de las ya holgadas
puertas abajo echó con su tridente.
Y ya el caballo en la ciudad, por medio
de las calles, bullendo a un lado y otro
las mujeres de Troya, ya doncellas,
ya casadas y expertas en Lucina,
daban vueltas con cantos y con danzas
a la estatua de palo, e iban otras
empapando las gotas de rocío
posadas como un vello delicado
sobre el corcel, en mantas y tapices,
hechos de rosas, puestos sobre el lomo.
Y otras del cinturón, en la marina
púrpura tinto, los tramados hilos,
que están sobre los senos, desatando,
con adornos de telas primorosas
al caballo envolvían; y hubo alguna
que tapadera de tinaja inmensa

hizo saltar, y de azafrán dorado
rociando el néctar del mezclado vino,
sahumó la tierra en perfumadas heces
empapada de aquél. La vocería
viril con el femineo grito junta
lanzábase, y alegre la algazara
se mezclaba de niños con las voces
de grave ancianidad. Y cual del rico
Océano emigrando, precursoras
del mal tiempo las grullas, en bandadas
trazan, graznando, un círculo en el aire,
y con su errante danza, a los labriegos,
para su campo gritan muerte y ruina,
así por la ciudad, lanzando agudos
gritos y caminando con desorden,
las gentes a la Acrópolis llevaban
el caballo preñado de guerreros.

XI

CASANDRA

MAS, de un dios inspirada, una doncella,
hija del rey, permanecer no quiso
bajo el techo de Príamo, su padre;
sino, rasgando cintas de sus ropas,
corrió como novilla, herida, corre
veloz cual viento, a la que el dardo agudo
del tábano picó, que hostiga bueyes,
y ni al rebaño mira, ni a gañanes
presta atención, ni de pastar se acuerda,
sino aguijada salta los vallados.
Tal, del dardo divino atarazada,
lleva su errante corazón la virgen
acá y allá, y el consagrado a Apolo
laurel agita con furor. Y a un lado
y otro brama por medio de la urbe,
y ni a padres ni a amigos obedece
la joven, además abandonada
del virginal pudor. No tanto en bosques
nunca, a mujer de Tracia, sugestiva
flauta excitó del montaraz Dioniso,
ni tocada del dios, la extraviada
pupila tiende, ni la crín sacude

ya sin la bñda de la hiedra obscura,
como Casandra, en alas de la mente
por el dios vivamente sacudida,
enloqueció. Y la libre cabellera
mesando sin cesar e hiriendo el pecho,
con desirantes voces exclamaba:
«—Oh, necios, conduciendo el monstruoso
caballo, ¿adónde vais? ¿Tan insensatos
sois para enloquecer, y a la postrera
noche partir, y al término del sitio,
y al sueño de que no se vuelve nunca?
De enemigos es éste un jubiloso
tropel marcial; con él quizás se cumplan
los dolorosos sueños de la triste
Hécuba, y con la guerra terminada,
acabará del año la pereza.
Tal se acerca emboscada de caudillos,
que con brillantes armas de combate,
bajo noche obscurísima, el caballo
robusto parirá; que pies a tierra,
guerreros expertísimos, de pronto
al combate echarán, ardiendo en ira.
No sospechan, sin duda, las mujeres
que a este caballo empujan, que sufriendo
va dolores de parto, y que varones
crecidos dará a luz; pero la misma
diosa generadora que lo hizo
ha de acudir, y su repleto vientre
abriendo, como experta comadrona
de este parto de lutos, sus clamores
de guerra lanzará la de ciudades
destructora Atenea. Ya purpúreo,

LA TOMA DE ILION

dentro de esa muralla coronada
de torres, mar de sangre alzarse veo
con oleaje de matanza; vendas
conyugales de esposas, de la frente
bajan a aprisionar cándidas manos,
mientras bajo esos leños aún se oculta
el incendio. ¡Ay de mí, por mis dolores,
y ay de mí, por los tuyos, patria mía!
Un poco de ceniza ante mis ojos
pronto serás; se extinguen ya los muros
obra de dioses; de raíz se arrancan
de Laomedonte los cimientos hondos.
También lloro a vosotros, padre y madre.
¿Me podréis desmentir los dos ahora?
Porque tú, padre amado, sordo ruido
habrás hecho al caer, y junto al ara
del magno Zeus, amparo de tus techos,
inerte yacerás; y a ti los dioses,
madre de nobles hijos, madre mía,
te harán perder tu condición humana,
y atacada de rabia, como perra,
restos defenderás de tus cachorros.
Divina Polixena, a ti que yaces
bajo la tierra patria, no más tiempo
te lloraré. ¡Ojalá que algún Argivo,
cuando aquellas angustias de tu muerte
me hiriese a mí también! ¿De qué me sirve
haber vivido más, si me reserva
muerte más miserable mi destino
en extranjera tierra sepultada?
Una dueña despótica estos dones
dispone para mí, tras de fatigas

innumerables, y urde para el mismo
 monarca Agamenón suerte funesta.
 Despertad vuestro espíritu; las cosas
 que os señalo aprended; ahorrad dolores
 y la nube ahuyentad que os enloquece
 de esta plaga que os mandan por castigo.
 Romped, con hachas, del tremendo bruto
 el dilatado cuerpo, o en el fuego
 sus tablas consumid; esos traidores
 hombres que oculta, sin salir, perezcan,
 y vuélvase el caballo para todos
 tormento y destrucción. Y en un banquete
 convidémonos mientras, y en la danza
 cantando nos lancemos, elevando
 cráteras por la amable independencia.»
 Ella en verdad habló, y a ella, no obstante,
 nadie creía; que a Casandra Apolo
 hizo a un tiempo adivina y sospechosa.
 Y a ella el padre increpó con amenazas:
 «—¿Qué demonio otra vez, mala agorera,
 te trajo temeraria e impudente?
 En vano tus ladridos nos exhortan.
 ¿Aún no se cansa tu alma de locuras,
 ni se harta de furores importunos,
 que, odiando a nuestros huéspedes, acudes
 aquí también, cuando a nosotros todos
 día de libertad muestra el Cronida
 Zeus, y naves de los Griegos barre?
 Ya no más vibrarán en alto lanzas,
 ni arcos se tenderán; no más chasquidos
 de espadas; ya enmudecen las saetas.
 Mas sí bailes y cantos, como suelen

LA TOMA DE ILION

dulces sonar en la victoria. Madres
no temen por sus hijos, ni a la lucha
enviado el varón, lo llora muerto
mujer viuda. Ya el caballo acoge
en su templo Atenea, amparadora
de la ciudad. Doncella temeraria,
tú sola de la casa saltas, y haces
el mendaz vaticinio enfurecida,
e inútilmente afliges y perturbas
religiosa ciudad. Vete. A nosotros
cantar toca y beber. No más de Troya
bajo muros el miedo late, y falta
tu fatídica voz no hace ninguna.»
Así hablando, mandó llevar la virgen
loca al recogimiento de su lecho.
Y, protestando, al padre obedecía.
Y sobre el virginal lecho arrojada,
lloraba, conociendo su destino:
porque veía ya sobre los muros
de la incendiada patria vivo fuego.

XII

HELENA

Y mientras, los Troyanos de la diosa
tutelar bajo el templo, ya segura
en bien pulido pedestal la bestia,
asaban bellas víctimas en aras
que a grasas huelen, y los inmortales
la inútil hecatombe repelían.
Reina el festín populachero; se alza
inmensa la insolencia; la insolencia
que aumenta la embriaguez, obra del vino
depravador de hombres: la estulticia
se ostentaba, y en vino y en locura
holgaba toda la ciudad; las puertas
sin guardia apenas, y la luz moría;
y la alma noche destrucción trayendo
a la encumbrada Ilión, la circundaba,
cuando a la argiva Helena, en la figura
de encanecida vieja se aparece
astuta y con engaños Afrodita,
y llamándola aparte, así le dice
con persuasiva voz: —«Joven amable,
te llama tu marido Menelao,
arrogante guerrero, que está oculto

en el caballo de madera, donde
jefes aqueos, que por causa tuya
luchan, se esconden. Anda, pues, acude.
Ya de Príamo el viejo no hagas caso,
ni de troyano alguno, ni aun del mismo
Deífobo; te devuelvo al laborioso
Menelao.» Esto habló la diosa, y luego
fuése; y Helena, en lo hondo seducida
por la ficción, el lecho perfumado
abandona, en que el cónyuge Deífobo
durmiendo sigue. En tanto que se aleja,
las mujeres troyanas, que arrastraban
largas túnicas, la iban admirando.
Cuando al templo de pórtico sublime
de Atenea llegó, quedóse absorta
ante la masa enorme de la bestia
preñada de hombres. Tres veces en torno
del caballo giró, y a los argivos
para excitar, a todas las mujeres
de hermosas cabelleras de los griegos
iba nombrando con la voz más queda.
Y ellos, dentro, se afligen en el alma,
reprimiendo en silencio amargo llanto.
Y gimió Menelao a Helena oyendo,
y Diomedes lloró por Egialea,
y el nombre de Penélope hizo a Ulises
presa de la aflicción. Y sólo Anticlo,
al estímulo dulce de Laodamia,
quiso respuesta dar, la puerta abriendo.
Pero Ulises saltó; con ambas manos
cayendo sobre aquél, cerró la boca
imprudente, y los labios comprimidos



con el firme dogal le mantenía.
Y el infeliz saltaba, en manos preso,
huyendo el mortal lazo que condena
a silencio letal, y al fin le falta
resuello y vida. Y los Aqueos todos,
con silenciosas lágrimas llorando,
echan al hueco muslo aquel cadáver
frío, cubierto de lanar mortaja.
Y a otro griego quizás así perdiese
la dolosa mujer, si no a sus ojos
cual horrenda visión apareciendo
desde los cielos Palas, conminado
la hubiera, y a su templo preferido
la llevara, visible sólo a ella,
y no le hubiera dicho con voz dura:
«—Miserable, ¿hasta aquí también te traen
ansias de crimen y de ajenos duelos
y de Cipris maldad? ¿Aún no te dueles
de tu esposo primero, ni a tu hija
Hermione ansias? ¿Y aun a los troyanos
ayudas? Corre; a lo más alto sube
de la mansión, y con propicio fuego
recibe ya lacedemonias naves.»
Así de la mujer la vana intriga
desbarató. Y a Helena ya llevaban
sus propios pies a lo alto de la torre.

XIII

VUELTA DE LAS NAVES GRIEGAS

Y los troyanos, de bailar dejando,
rendidos de fatiga, ya caían
en profundo sopor; y las forminges
se rendían también; flautas cansadas
yacían junto a vasos, y una mezcla
de muchos vinos espontáneamente
de las dormidas manos se vertía.
El silencio vagaba por la urbe,
aliado de la noche, y ni un ladrido
de los canes se oía, y toda muda
se tiene la ciudad, llamando muertes,
y resuellos, y estrépitos de guerra.
El plato de la muerte, en la balanza
de los troyanos, ya inclinaba Zeus,
regulador de luchas, cuando hizo
dar la vuelta a los griegos. Y de Troya
a su templo opulento de la Licia
triste se retiró, ruinas llorando
de los excelsos muros, Febo Apolo.
Y a los griegos, veloz, desde la tumba
de Aquiles la señal Sinón ostenta
de tea ardiente. Y toda aquella noche

desde su torreón también la misma
hermosa Helena alzaba a sus amigos
dorada antorcha. Igual que cuando plena
con glauco fuego de la faz la Luna
dora espléndido cielo, no se afila
puntas de cuernos ni penumbras finge
al comienzo del mes, reciente el orto,
sino que ya completa su mirada
orbicular la redondez, y atrae
rayos solares del opuesto lado.
Así, radiante la Terápnea Ninfa,
rosado brazo levantaba entonces,
sostenedor de la propicia llama.
El brillo de la lámpara, en el aire
suspensa, viendo, naves compelieron
curso a doblar los griegos diligentes,
y todo nauta apresurado iba
ansiando el fin de prolongada guerra.
A un tiempo navegantes y soldados
valientes, a remar se estimulaban;
las naves, por su parte, más veloces
que el vendaval, al ímpetu obedientes,
de Poseidón con el auxilio, arriban
a Ilión. Y luego allí, saltó primero
tropa de a pie, que avanza; detrás queda
la de a caballo, no fuera que en Troya
se despertara el pueblo, a los relinchos.

XIV

SACO Y DESTRUCCIÓN DE TROYA

Y del cóncavo vientre del caballo
se iban saliendo los guerreros reyes,
cual de la encina abejas, que, labrada
cera ya para miel en la colmena
capaz, habilidosas, por el valle
cóncavo se dispersan tras del pasto,
y clavan su aguijón al transeúnte.
Los Dánaos así, de su escondite
corridos los cerrojos, irrumpieron
en los Troyanos, que, aún en cama, hallaban
muerte a hierro, en horribles pesadillas.
La tierra, pues, nadaba en sangre; alzóse
gran clamor de Troyanos fugitivos,
y la sagrada Ilión era pequeña
para tantos cadáveres. Los Griegos
en sangriento tumulto se lanzaban
aquí y allá rabiosos cual leones,
de cuerpos recién muertos empedrando
las calles. Las Troyanas en los pisos
altos escuchan el fragor, y algunas,
aún de la amable libertad sedientas,
sus cuellos presentaban a la muerte

ante maridos vacilantes; cubren
hijos caros (igual que golondrinas,
veloces a los suyos bajo alas)
madres llorando; grita una doncella
ante el cadáver de su novio, y corre
a la muerte también; no quiere suerte
seguir de prisioneros, en la lucha;
sino al odiado matador irrita,
y halla lecho común con el amante.
Muchas, gestando aún el inmaturo
y no viable feto, de su vientre
forzado abortan, y ellas con el hijo
rinden el alma, con suplicio horrible.
Toda la noche, en la ciudad, danzaba,
cual torbellino hirviente, en tumultuosas
ondas de guerra, ebria de sangre pura,
ultrajante, Belona. Al mismo tiempo
la Discordia, elevando la cabeza
hasta el cielo, a los Griegos concitaba;
porque el cruento Marte, irresoluto,
victoria alternativa repartía,
y daba a Griegos inconstante auxilio.
Y resonó en la Acrópolis, batiendo
broquel de Dios, su égida Atenea;
tembló el éter con Juno presurosa,
y bramó la ancha tierra, por la espada
tricipite golpeada de Neptuno;
se horrorizó Plutón, y de las sedes
infernales corrió, temiendo acaso
que, irritado de más Zeus, la raza
entera de los hombres le llevase
Hermes, el conductor de almas, al Orco.

LA TOMA DE ILION

Todo era confusión; carnicería
revuelta. A los que huían a las puertas
Esceas, los mataban los que estaban
apostados allí. Y alguien del lecho
surge, y armas buscando, de improviso
se atraviesa en su lanza. Y algún otro
hombre se esconde en una obscura casa,
y llama, extraño siendo, a los que juzga
que amigos son, y encuentra, desdichado,
que no gente benévola le acoge,
sino enemigos huéspedes. Se asoma
el otro a un mirador, y antes que pueda
nada ver, un veloz dardo le hiere.
Otrós, de vino malheñor hinchados,
asombrados del ruido, se apresuran
a bajar, y no aciertan la escalera,
y de los altos pisos, sin saberlo,
caen de cabeza, y desnucados mueren,
rota la espina y vomitando vino.
Muchos, en un lugar acumulados,
se matan entre sí luchando; muchos,
arrojados de torres, el postrero
salto brincaron, de Plutón al fondo.
Pocos, en antro angosto, cual ladrones
escondidos, en tanto que la patria
perece, huyeron la tormenta; algunos
entre lucha y tinieblas fluctuantes,
no pudieron huír, y como muertos,
caían unos sobre otros. La urbe
rebosaba sangriento lodo, vacua
de vivos, de cadáveres repleta.
Piedad ninguna había; del furioso

azote del tumulto vigilante
los hombres incitados, sus respetos
negaban a los dioses, al impulso
de la maldad; las aras impasibles
de la divinidad manchan con sangre.
Misérrimos ancianos perecían,
no erguidos, de rodillas en el suelo,
demandando perdón, y sus cabezas
canas rodaban con inicua muerte.
Muchos niños de pecho, de la ubre,
gustada apenas, eran arrancados,
e inocentes pagaban de sus padres
las culpas, y de no agotada leche
al niño en vano presentando el chorro,
la nutridora madre lo emitía.
Aves y perros, por doquier cruzando
aire y tierra, amistosos comensales,
sangre negra bebiendo, disfrutaban
del horrendo manjar: de ellas los gritos
muertes cantaban; con feroces, ellos,
instintos, ladran junto a muertos hombres;
nada respetan, y a sus mismos amos
desgarran sin piedad. Y se encamina
entonces al palacio de Deifobo,
seductor de mujeres, con Ulises,
el de peinados rizos Menelao;
castañeteando van ambos los dientes
como dos lobos, ávidos de sangre,
que en la noche invernal las no guardadas
ovejas buscan, y destruyen obra
fecunda de pastor. Allí, aunque fueron
dos solos a atacar inmensa turba

LA TOMA DE ILION

hostil, una inaudita lucha surge,
entre los que irrumpían de una parte,
y los que, de otra parte, se hacen fuertes
en la alcoba nupcial, y están de arriba
lanzando piedras y mortales dardos.
Pero entonces cabezas arrogantes
bajo los cascos fuertes protegiendo
con los escudos, en la inmensa casa
penetraron; y mientras turba débil,
cual fiera a ciervos tímidos, destroza
Ulises el Atrida, de otro lado
Menelao a Deifobo, que temblaba,
lo alcanzó, y por en medio hiriendo el vientre,
hígado le echó fuera e intestinos
resbaladizos. Y ahora allí el cadáver
su vigor olvidó de caballista.
Y al marido, temblando, la consorte
ganada con la lanza, sigue ahora,
ya bendiciendo el fin de sus angustias,
ya encendida en rubor, y ahora, aunque tarde,
como en sueño, ocultando sus gemidos,
se iba acordando de su amada patria.
El Eácida Neoptólemo, entretanto,
al viejo rey, a quien la pena abruma,
mató ante el ara Hercea, la paterna
piedad abominando: ni sus preces
oyó, ni canas respetó, que iguales
blanquearon en la frente de Peleo,
y por las cuales quebrantó sus iras,
y al viejo, en medio de ellas, perdonara
antes Aquiles. ¡Infeliz! Un Hado
semejante también al mismo Pirro

ante las aras del veraz Apolo
había de postrar, andando el tiempo,
cuando, huésped del sácro templo un día,
un Déléfco varón, con su cuchillo
hierático, lo hiriese y lo matara.
Precipitado de elevada torre
cual mísero guiñapo, por la mano
de Ulises viendo Andrómaca al pequeño
Astiánax, lo lloraba locamente,
Y Ajax de Oileo rápido a Casandra
estupró, prosternada de rodillas
de la casta Atenea en los altares.
Y esta diosa, enemiga de violencias,
defensora de vírgenes, por uno,
en ira ardió contra los Griegos todos.

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

SECRETAMENTE a Eneas Afrodita
y a Anquises libertó, de padre e hijo
compadecida, y lejos de su patria,
los trasladó a la Ausonia, de los dioses
el decreto cumpliendo, con la venia
de Zeus, porque eterno el mando fuese
de los hijos y nietos de la amada
de Marte, Citerea. Y a los hijos
y raza de Antenor, que un Dios semeja,
el Atrida amparó, considerando
del viejo hospitalario los favores
recibidos; la mesa que le puso
la dulce esposa de Antenor, Teano.
Triste Laodica, a ti junto a tu patria
la tierra te abrazó y abrió su seno;
ni el Teseida Acamante, ni ninguno
de los Aqueos te llevó cautiva,
y con tu patria tierra feneciste.
Mas yo todo el estrago de la guerra
no he de cantar, diciendo uno por uno
de aquella noche los dolores todos.
Las musas se fatigan. Cual caballo

que ha alcanzado la meta, el canto mío
toca a su fin. Que ya por el Oriente,
al surgir del Océano poco a poco,
va ganando gran parte del espacio
y disipando la cruenta noche
la ecuestre Aurora con su albor. Los Griegos,
de su triunfo engraidos, por doquiera
inspeccionaban la ciudad, por si alguien
se escapara, escondido, a la matanza.
Pero, ah, que todos ya cogidos fueron
en el lazo mortal, igual que peces
en red de pescador sobre la arena
yacen de playa. E iban los Argivos
de los templos los sacros ornamentos
robando y las ofrendas de los hombres,
y de casas desiertas sustraían
muchos objetos de valor. Al mismo
tiempo, mujeres con sus hijos llevan
brutalmente cautivas a las naves.
Y la incendiaria tea a las murallas
aplicaron, y la obra de Neptuno
en una sola llama destruyeron.
Y túmulo a sus caros ciudadanos
sepultos Troya fué con sus cenizas.

XVI

EPÍLOGO

Al ver a Hefaiostos, destructor de urbes,
a Troya con su fuego consumiendo,
y reemplazar, con él, su rabia Juno,
lleno de asombro el Janto, con corriente
de gemidoras lágrimas amargas,
a Ilión lloró. Los Griegos entretanto,
la sangre al derramar de Polixena
sobre una tumba, el ánimo de Aquiles
iracunda aplacaban. Las mujeres
troyanas, y de Pérgamo las joyas
sorteaban entre ellos, repartían
oro y plata además, la plata y oro
que, cargando en sus naves de ancho vientre,
al gravísono mar encomendaron,
haciéndose a la vela desde Troya,
acabada la guerra, los Aquivos.

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL

SORIA

A



CAIDA DE TROYA

(LIBRO SEGUNDO DE LA ENEIDA)

I

ESTRATAGEMA DE LOS GRIEGOS PARA TOMAR A TROYA

ENMUDECIERON todos y alargando la cerviz, reprimían los alientos. Desde su alto almohadón el padre Eneas habló así:— Oh Reina, pena inexplicable me ordenas renovar; cómo troyanas riquezas, y aquel reino infeliz, Dánaos han arruinado; cosas que yo mismo vi y en las que tomé tan magna parte. ¿Quién tales hechos relatara, siendo ya Mirmidón, ya Dólope o ya duro sayón de Ulises, sin verter el llanto? Y húmeda ya la noche se derrama del cielo, y ya los astros que declinan invitan a los sueños. Mas si tienes tal ansia de saber desdichas nuestras y de Troya el supremo sufrimiento sin más demora oír, aunque mi alma

rechace con horror el recordarlo
y se abata con honda pesadumbre,
comenzaré. Extenuados por la guerra,
repelidos del Hado los caudillos
Dánaos, y deslizados tantos años
ya, un caballo tan grande como un monte,
con la divina habilidad de Palas,
construyen, y cubrieron sus costillas
con abeto hecho tablas. Y simulan
voto en pro de la vuelta. Estos rumores
acá y allá se esparcen. Sorteados
los jefes, fuertes cuerpos de hombres entran
furtivamente en el costado, y lo hondo
del útero y cavernas anchas, nutren
de gente armada. Está a la vista una isla
de fama universal: Ténédos. Tuvo
abundante opulencia mientras reinos
de Príamo hubo en pie. Ahora es tan sólo
una ensenada, y un refugio a naves
poco seguro. A esta isla se dirigen
y a su desierto litoral se acogen.
Nosotros, no dudamos que se habían
ido con viento próspero a Micenas.
Y toda Teucría se quitó ya el luto.
Se abren las puertas, e ir a ver agrada
lo que antes era campamento aquí;
los desiertos lugares y la costa
abandonada. Aquí estaban las huestes
de los Dólopes; tuvo aquí sus tiendas
Aquiles el cruel; en esta rada
fondeaban las flotas; en tal sitio
muchas veces las tropas pelearon.

CAIDA DE TROYA

Una parte se pasma y cree la ofrenda
a Minerva impoluta, sospechosa;
otros la mole del caballo admiran.
Y Timetes, de pronto, a que se lleve
intramuros exhorta, y se coloque
en el alcázar. O hubo dolo, o quiso
el Hado así forjarlo para Troya.
Pero Capis y algunos más discretos
o al piélagó de Dánaos las insidias
y sospechosos dones echar mandan,
y quemarlos con llamas por debajo,
o explorar, con barrenas, escondrijos
del hueco vientre. E indeciso el vulgo,
en contrarios anhelos se divide.
Delante, allí, de toda una caterva
grande de gente, del alcázar baja
Laocoonte sofocado. Y desde lejos:
— «Miseros ciudadanos— grita—: ¿cómo
locura tal? ¿juzgáis que de los Dánaos
algún don carecer de dolo puede?
¿No conocéis a Ulises? O este leño
oculta Aquivos encerrados, o esta
máquina fabricóse en nuestros muros
para mirar las casas, y por alto
entrar en la ciudad. Si no, algún otro
peligro esconde. Desconfiad, oh Teucros,
de ese caballo. Fuere lo que fuere,
temo a los Dánaos que me ofrecen dones.»
Esto dicho, su inmensa lanza blande
con ímpetu viril contra el costado
del animal y en su curvado vientre
abre una raja. El ástil detenido



retiembla, y en el útero percuso
suenan lo hueco, las cavernas lanzan
prolongado gemido. Y si los Hados
divinos, si la propia inteligencia
tan contrarios no fuesen, impulsaran
con hierro los Argólicos refugios
a deformar: ¡y Troya, aún estarías
en pie; y soberbio alcázar de mis reyes,
existirías!

SINÓN

VED ahora entretanto,
 con las manos ligadas a la espalda,
 llegar un joven, que, con gran tumulto,
 al Dardánida rey ciertos pastores
 traían. Es el tal, desconocido
 a los que llegan; espontáneamente,
 para urdir esta trama, abriendo Troya
 a los Aquivos, se entregó, confiado
 en su valor, dispuesto a ver triunfante
 su enredo o recibir segura muerte.
 Por todas partes juventud troyana,
 con deseos de verle, se atropella
 alrededor; la multitud compite
 en insultar al preso.—Reina, ahora,
 oye insidias de Dánaos. Por un solo
 crimen a todos juzga. Del concurso,
 como turbado, en medio, el preso inerme
 se detuvo, y sus ojos giró en torno
 sobre la Frigia multitud:—«¿Qué tierra,
 ay—dijo—ahora, qué mares me pueden
 aceptar, ni qué queda ya en el mundo,
 mísero, para mí? Que en parte alguna

tengo lugar: los Dánaos me rechazan,
y encima, los Dardanos ofendidos
demandan contra mí penas con sangre.»
A este clamor, los ánimos se mudan,
todo ímpetu se enfrena. Le exhortamos
a hablar; a que nos diga cuál su origen
es, y qué se propone, y quién responde
por el cautivo. Al parecer repuesto
del sobresalto, habla por fin:—«Entera
verdad, oh Rey a ti, lo juro, ocurra
lo que quiera, expondré—dijo—. No niego
mi descendencia Argólica: ante todo,
esto: que si la suerte a Sinón hizo
mísero, no querrá, sañuda, hacerlo
vano y mendaz. Acaso, por palabras
de alguien, habrá llegado a tus oídos
del Bélida Palámedes el nombre,
su ínclita fama y gloria: al cual Pelasgos,
por denuncia falaz, en juicio inicuo,
por el delito de impedir la guerra,
lo enviaron a la muerte. Ahora, privado
de luz, lo lloran. A él, por compañero,
consanguíneo cercano, un padre pobre,
armas a ejercitar en tiernos años
envióme allá. Mientras mi primo estaba
respetado en el reino, y en consejos
de reyes influyó, también yo obtuve
nombre y prez. Mas después que, por la envidia
de Ulises el falaz (no hablo de cosas
desconocidas) él halló refugio
en supremas regiones, yo afligido
arrastré una existencia en las tinieblas

CAIDA DE TROYA

y en el luto, y a solas me indignaba
de mi inocente amigo la caída.
Y yo, insensato, no callé; y si alguna
suerte me alzase; si a mi patrio Argos
alguna vez, tras de vencer, volviera,
me jacté de vengarlo, y con mis frases
ásperos odios removí. De entonces,
mi primer resbalón en la desgracia;
desde entonces Ulises ya con nuevas
acusaciones aterrarme siempre;
de aquí, esparcir hablillas entre el vulgo,
y en la complicidad rebuscar armas.
Y no descansó, pues, hasta que aliado
con Calcas... Pero ¿a qué yo ingratas cosas
revuelvo inútilmente? ¿Por qué pierdo
el tiempo más? Si a todos los Aquivos
medís con un rasero, ya es bastante
lo que oís; ahora mismo elegid pena.
Esto el de Ítaca quiere, y con usura
pagarán los Atridas.» Pero entonces
de preguntar ardimos en deseos
y de inquirir las causas, ignorantes
de tanto crimen y arte de Pelasgos.
Y él temblando siguió, y habló con dolo:
— «Muchas veces los Dánaos desearon
a Troya abandonar; de tanta guerra
cansados, retirarse a sus hogares.
¡Así lo hubieran hecho! Muchas veces
la borrasca en el ponto les opuso
su furor, y aterraronles los Austros.
Y más cuando este potro construído
con vigas de acebuche en pie ya estuvo,

pues el trueno sonó por todo el éter.
Suspensos, a Eurípilo a que consulte
oráculos de Febo remitimos,
y él de los templos estas tristes frases
nos trasladó: «Con sangre de una virgen
calmasteis vientos, Dánaos, la primera
vez que vinisteis a la playa iliaca;
sangre, al querer volver, y griega vida
los habrá de aplacar.» Llegada a orejas
del vulgo aquella voz, heló las almas,
y frío por lo interno de los huesos
corrió un temblor: de quién se acuerda el Hado,
a quién reclama Apolo. Al vate, entonces,
Calcas, con gran tumulto, el itacense
le hace salir en medio; le insta aclarar
qué son esos oráculos del Numen.
Y para mí ya muchos el suplicio
cruel que el intrigante preparaba
anuncian, y en silencio ven las cosas
que han de venir. Dos veces cinco días
pasó en mudez aquél. Disimulado,
rehusa con su voz mentar a nadie
y lanzarlo a la muerte. Al fin, con pena,
cohibido y acosado por los gritos
del itacense grandes, a hablar rompe,
y conforme al convenio, me destina
al ara. Asienten todos; y los males,
que para sí temía cada uno,
de un solo desgraciado en el suplicio
toleraron cambiar. Y ya aquel día
presente estaba horrendo: ceremonias
sacras dispuestas para mí; y salada

CAIDA DE TROYA

mola, y alrededor de sienes, vendas...
Me evadí, lo confieso, de la muerte;
ligaduras rompí; de cenagoso
lago, entre sombras de la noche, en ovas
me escondí, mientras diéranse a la vela,
si se hubieren de dar. Y ya ninguna
esperanza de ver mi antigua patria,
mis dulces hijos, mi adorado padre,
que acaso estén pagando con su vida
la culpa de mi fuga. Por lo tanto,
por los dioses del cielo y todo numen
consciente de verdad, y por aquella
(si alguna existe y queda todavía
entre mortales en alguna parte)
inmaculada fe, señor, te ruego
que te apiades de fatigas tantas,
que te duelas de un alma que soporta
lo inmerecido.» Vida, ante aquel llanto,
le concedemos, y piedad sincera.
Príamo mismo se adelanta a todos,
esposas y cordeles prietos manda
quitar, y estas palabras amistosas
pronuncia:—«Seas quien fueres, desde hoy mismo
olvídate de los ausentes griegos;
nuestro serás; mas sin mentir, explica
las cosas, te lo ruego: ¿a qué esta mole
de jaco enorme erigen? ¿quién lo hizo?
¿a qué lo aplican? ¿a qué culto? ¿es arma
de guerra o qué?» Así dijo. Y él, en dolos
hábil y arte pelasga, alzó las manos,
libres ya del cordel, a las estrellas:
—«A vos, eternas luces, y a ese numen

vuestro inviolable, llamo a testimonio
—dijo—; a vos, aras, y nefanda espada
que evité, sacras vendas que, cual hostia,
en la sien tuve; lícito me sea
sagrados juramentos que hice a griegos
desatar, séame lícito el odiarlos
y poner a la luz sus cosas todas,
si es que algo ocultan; no me imparten leyes
de mi país, con tal que tú, rey, firme
en tus promesas quedes; y tú Troya,
salvada, guardes fe, si verdad digo,
si ventajas inmensas doy en trueco!
Toda esperanza griega y garantía
de éxito de la guerra comenzada,
con el favor de Palas, se mantuvo
siempre en pie; pero desde que el impío
nacido de Tideo, y el malvado
preparador de crímenes Ulises,
el fatal Paladión al sacro templo
se acercan a arrancar, y los custodios
matan de la alta Acrópolis, y roban
la sacra efigie, y con las manos, tintas
en sangre, se atrevieron de la diosa
a profanar las vendas virginales;
desde aquello, rodó y, hacia atrás vuelta,
resbaló la esperanza de los Dánaos,
rotas sus fuerzas, hecha hostil a ellos
de la diosa la mente. Ni con signos
dudosos dió Tritonia de ello muestras.
Apenas puesto el simulacro en campo
griego, coruscan llamas en sus ojos
rígidos, y de sales por sus miembros

CAIDA DE TROYA

un sudor va, y tres veces de la tierra
(admirable prodigio) saltó, adarga
llevando en alto y lanza sacudiendo.
Al punto canta Calcas que se intente
la fuga por el mar, que no es posible
Pérgamo destruir con armas de Argos,
si a él no se torna a demandar augurios
y a devolverle el numen que consigo
trajeron por el mar en curvas quillas.
Y ahora, en Micenas ya, merced al viento,
nuevas armas preparan, nuevos dioses
custodios, y los mares recorridos
segunda vez, se mostrarán de pronto.
Así explicó su vaticinio Calcas.
Esta, en vez del Paladion, advertidos,
efigie labran al herido numen
en expiación del sacrilegio triste.
Esta Calcas, en fin, inmensa mole,
hecha con robles acoplados, quiso
alzar, y conducirla hasta los cielos
mandó. Para que así bajo las puertas
no pudiera pasar, ni ser llevada
intramuros, ni pueda a vuestro pueblo
bajo el manto amparar del viejo rito.
Porque si mano vuestra el don violase
de Minerva, catástrofe terrible
(y que los dioses antes el augurio
contra Calcas conviertan) sobre el reino
de Príamo y los Frigios se cebara.
Mas si, por manos vuestras ascendiese
a la urbe vuestra, por su propio impulso,
Asia, con grande guerra, a las murallas

Pelopeas irá, y a nuestros nietos
aguardarán rigores de los Hados.»
Y con tales insidias y las artes
del perjuro Sinón, creyeron todo,
y con dolos y lágrimas forzadas
en la trampa cayeron, los que el hijo
de Tideo, ni Aquiles de Larisa,
ni diez años domaron, ni mil naves.

III

LAOCOONTE

ESTA otra cosa más les sale al paso,
¡Infelices! Es mucho más tremenda,
y los incautos corazones turba.
Designado Laocoonte, por sorteo,
para officiar delante de Neptuno,
junto a solemnes aras toro ingente
sacrificaba. Pero ved de pronto,
gemelos, por la mansa superficie
(me horrorizo al contarlo) dos dragones
de Ténedos venir, que el mar cabalgan,
y hacia la playa emparejados tienden.
Los pechos de ambos yérguense entre olas,
y las sangrientas crines sobresalen
de las ondas; el resto por el ponto
sigue detrás, retuércese en inmensas
espirales de torsos. Y un sonido
surge ya de las sales espumantes.
Y ya las costas tocan, con los ojos
encendidos en sangre y fuego, y bocas
sibilantes relámense con lenguas
vibrátiles. Dispérsanos exangües
su vista. Y a Laocoonte se dirigen





CAIDA DE TROYA

juntos sin vacilar. Mas los menudos
cuerpos de los dos hijos una y otra
sierpe abrazando antes, los estrujan,
y sus míseros miembros, a mordiscos,
tragan. Después al padre, que al socorro
acude y dardos lleva, lo arrebatan
ambas, y en férreos círculos lo anudan;
y doble cinturón y dogal doble
haciendo en torno de él, con sus cabezas
y sus altas cervices sobresalen.

El, en tanto, pretende con las manos
los nudos desatar, llenas de podre
las ínfulas, y negra sangre; gritos
—en tanto—horrendos a los astros lanza,
cual mugidos de toro herido que huye
del ara, y la segur sacude inhábil
que no acertó a matarle. Y los gemelos
dragones reptan a las aras sumas
en busca del alcázar de la airada
Tritonia, y a las plantas de Minerva,
tras su cóncavo escudo se guarecen.

IV

ENTRADA DEL CABALLO EN TROYA

ENTONCES sí que en los medrosos pechos
de todos pavor nuevo se insinúa;
que un suplicio ha sufrido merecido
Laocoonte se propala; porque al sacro
roble con férrea punta herido había,
e impía lanza disparado al lomo.
Que el simulacro aquel llevarse debe
al templo, y que se debe orar al numen
de la diosa, el concurso clama a gritos.
Un trozo de muralla viene al suelo,
y abierta queda la ciudad. Se aplican
a la tarea todos, y colocan
una base de ruedas a la efigie,
y atan al cuello de la fiera cables.
La máquina fatal, preñada de armas,
va adelantando hacia los muros. Niños
y virginales jóvenes en torno
himnos sagrados cantan, con sus manos
tirando alegres de las cuerdas. Sube
la mole aquella, y de la plaza en medio
se cuela amenazante. ¡Oh patria! ¡Oh casa
Ilión de dioses e ínclitas en guerra

CAIDA DE TROYA

de los Dárdanos torres! Cuatro veces
ante la misma brecha se detuvo,
y en el vientre las armas otras cuatro
dieron estruendo. Inútil fué. Insistimos
inconscientes y ciegos de locura,
y el monstruo pernicioso ante el sagrado
templo paramos. Y también entonces
con augurios de males venideros
su boca abrió Casandra, por mandato
de un dios siempre de Teucros no créda.
Y nosotros los templos de los dioses,
¡miseros de nosotros, para quienes
era último aquel día!, coronamos
por toda la ciudad de alegres frondas.
Gira el cielo entretanto, y va la noche
cayendo sobre el mar, y en sombra magna
la tierra, el polo y la perfidia envuelve
de Mirmidones: yacen por los muros
en silencio los Teucros, y a sus carnes
cansadas el sopor grave se abraza.
Y ya argiva falange, en fuerte flota,
de Ténedos venía entre silencios
protectores de oculta luna, playas
conocidas buscando; y cuando luces
la nave regia levantó en la popa,
de Hado inicuo de dioses defendido,
a los Dánaos reclusos en el vientre,
a hurto, puertas de pino Sinón abre.
De par en par el jaco, da a las auras
cautivos; y del hueco roble, alegres,
salen Tesandro, Esténelo, caudillos,
y el fiero Ulises, por largada cuerda

deslizados, y siguen Acamante,
y Toante, y el nieto de Peleo
Neoptólemo, y el de Esculapio hijo
primero Macaón, y Menelao,
y el mismo Epeo ejecutor del dolo.
Invaden la ciudad en vino y sueño
sepulta; matan centinelas; abren
las puertas todas; cómplices reciben,
y las falanges conocidas juntan.

HÉCTOR SE APARECE EN SUEÑOS

ERA la hora en que el primer reposo
 embarga del cansancio a los mortales
 y como don de dioses se insinúa
 gratisimo. Y he aquí que, en sueños, Héctor
 tristísimo visible ante mis ojos
 se muestra, y que derrama largo llanto,
 arrastrado por bestias, como un día,
 negro de sangre y polvo, y con amarras
 que los pies tumefactos le atraviesan.
 ¡Ay de mí! ¡cómo estabal! ¡cuán mudado
 de aquel Héctor que vuelve revestido
 de despojos de Aquiles o dispara
 fuegos frigos de Dánaos a las popas!
 Sucia la barba, y en cuajada sangre
 hecha pella la crin, y aquellas llagas
 mostrando abiertas que ante patrios muros
 recibió tantas veces. Sollozando
 también yo mismo de verdad, creía
 reprender al varón, y en tristes voces
 así decirle:— «Oh luz de la Dardania,
 oh esperanza firmísima de Teucros,
 ¿qué te retuvo tanto? ¿de qué orillas,

Héctor ansiado, vienes, que tras muchas
 muertes de tuyos, tras fatigas grandes
 de hombres y urbe, rendido yo, te veo?
 ¿Qué indigna causa tu semblante noble
 manchó? ¿por qué te veo esas heridas?»
 El, nada: no entretuvo en cosas vanas
 a este importuno implorador; mas, grave,
 hondo gemido dando de su pecho:
 «—Ay, huye, hijo de diosa, de estas llamas,
 dijo, sálvate tú; ya ocupa muros
 el enemigo; de su excelsa cumbre
 rueda Troya. Bastante a patria y Príamo
 hemos dado. Si a Pérgano una diestra
 pudiese defender, también sería
 por la mía amparada. Vasos sacros
 y Penates a ti confia Troya:
 cógelos, de los Hados compañeros;
 para ellos busca muros, que muy grandes
 alzarás tras de haber vagado en ponto.»
 Así dice: y las ínfulas, y a Vesta
 poderosa de lo hondo del sagrario
 saca, y los fuegos que continuos arden.
 Con luto vario, en tanto, se perturban
 las fortalezas; más y más los ruidos
 (aunque secreta de mi padre Anquises
 la casa y por los árboles oculta
 lejana está) vanse aclarando, y se echa
 encima de la misma horror de armas.
 Me echa al suelo mi ensueño, y a la torre
 que más del techo se alza, en mi subida
 supero, y con orejas tiesas, quedo
 como al ver en la mies la llama aliada

CAIDA DE TROYA

a los Austros en furia, o un torrente
raudo de río montañés que arrolla
campos, arrolla las lozanas siembras
y de bueyes labores, y empujadas
arrastra selvas, queda estupefacto,
sin darse razón de ello, recibiendo
el fiero estruendo desde la alta cima
del monte, algún pastor. Ah, sólo entonces
clara se ve la mala fe, y se abren
a toda luz insidias de los Dánaos.

BIBLIOTECA
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA

VI

LA LUCHA EN LAS CALLES

YA de Deifobo la amplia casa en ruina,
Vulcano la supera; ya arde cerca
Ucalegón; y los Sigeos brazos
anchos de mar a su fulgor relucen.
Se alza clamor de hombres, de clarines
són. Demente armas cojo, sin que sepa
bien para qué; mas por sumar mi mano
a la guerra, y correr hacia el alcázar
real con mis compañeros, mi alma arde.
Ira y furor mi mente precipitan,
y lo sublime de una muerte en lucha
surge ante mí. Mas ved, de los Aquivos
dardos, Panto escapado; Panto Otriade,
de Apolo sacerdote y de su templo.
Vasos sacros en mano y humillados
Dioses, y un tierno nieto el mismo arrastra,
y en su carrera, loco, a playas tiende.
«—¿Adónde vas con lo más grande, Panto?
¿A qué templo acogernos?» Le hube apenas
hablado así, cuando gimiendo dice:
—«Llegó el supremo día; llegó el trance
inevitable de Dardania; fuimos

CAIDA DE TROYA

los troyanos; fué Ilión; la inmensa gloria
de los Teucros fenece; fiero Jove
a Argos todo ello transfirió. Incendiada
nuestra ciudad, los griegos la dominan.
Erguida la cerviz, firme entre muros,
gente con armas el caballo vierte,
y vencedor Sinón derrama incendios
insultante. Están unos, ante puertas
de par en par, presentes (cuantos miles
jamás vinieron de Micenas magna);
otros asedian con contrarios dardos
lo estrecho de las vías. Está ferrea
la espada de hoja coruscante, en puño
prieta para matar; apenas si alguien,
guardián de puertas, intentó la lucha,
ni resistir a Marte entre las sombras.»
Ante estas frases del Otriade, un numen
de dios me impulsa al fuego y a las armas;
adonde triste Furia, adonde estruendos
llaman, y gritos álzanse a los astros.
Se me juntan Rifeo, y el curtido
Epito en armas; muéstrame la luna
a Hipanis y Dimante, que se ponen
al lado nuestro, con Corebo, el mozo
de Migdón hijo. Por aquellos días
quiso la suerte que viniera a Troya
en loco amor ardiendo por Casandra,
y como yerno, a Príamo socorros
y a los Frigios traía. ¡Desdichado
que de novia inspirada los augurios
no oyó! Cuando, apretados, al combate
los vi atreverse, exclamo encima de ellos:

—«Jóvenes, almas por desdicha fuertes,
si en vosotros hay ansia decidida
de imitar a quien osa lo seguro
(ya veis qué suerte espera a nuestras cosas;
se han separado todos de santuarios
y aras abandonadas, esos dioses
por los que el reino se mantuvo firme;
sólo cenizas socorréis), muramos
y rodemos en medio de las armas.
Sólo salva a vencidos, salvaciones
ningunas esperar.» Así a los pechos
jóvenes añadí loco entusiasmo.
De allí en la negra niebla, cual rapaces
lobos, a los que ciegos echó fuera
rablosa ansia del vientre, y sus cachorros
abandonados en la cueva aguardan
con fauces secas, fuimos entre dardos,
entre enemigos, a segura muerte,
y nuestro paso en medio detuvimos
de la urbe. Noche triste con su hueca
sombra vuela en redor. ¿Quién el desastre
de aquella noche, quién la total ruina
hablando explicará, podrá con llantos
igualar sus fatigas? Pueblo antiguo
rueda, dominador por años muchos:
y a miles por las vías se amontonan,
sin regla, inertes cuerpos, y por casas,
y en sagrados umbrales de los dioses.
Y no sólo los Teucros pagan culpas
con sangre: que también en los vencidos
vuelve el valor al corazón, y a veces
caen Dánaos vencedores. Doquier luto

CAIDA DE TROYA

cruel, doquier pavor, y repetida
mucho la imagen de la muerte. Pronto
de Dánaos con gran cohorte se presenta
a nosotros Andrógeo, que ignorante
nos toma por amigos, y espontáneo
nos increpa con frases cariñosas:
—«Hombres, apresuraos. ¿Qué perezosa
tan pesada os detiene? Dejáis que otros
a Pérgamo el incendio y el saqueo
lleven, mientras vosotros de altas naves
ahora salís?» Nos dijo. Pero al punto,
y al no tener leal respuesta, en medio
se sintió deslizado de enemigos.
Pasmóse, y atrás pie con voz detuvo.
Igual al que en malezas pisó sierpe
imprevista, al golpear sobre la tierra,
y tembloroso de repente rehuye
a la que se alza en iras y a la que hincha
cerúleo cuello. No distinto, Andrógeo,
todo temblores, escurrirse quiere.
Les entramos con ímpetu, de densas
armas les rodeamos, y en desorden,
e ignaros del lugar, ellos cogidos,
y del pánico presos, los tumbamos
por tierra. La fortuna nos ayuda
en la primer labor. Con el triunfo
engreído, y con ánimos Corebo
entonces. «Compañeros—dijo—, adonde
esta primera suerte nos señala
camino de salud, adonde amiga
la fortuna se muestra, continuemos.
Troquemos los escudos, y de Dánaos

colguémonos insignias. ¿Quién repara
en astucia o valor contra enemigos?
Armas nos darán éstos.» Así hablando,
con el casco de crin de Andrógeo se arma
y su brillante escudo, y acomoda
la espada argiva al cinto. Y esto mismo
Rifeo, igual Dimante, y así todos,
alegres, los troyanos mozos hacen.
De despojos recientes se atavía
cada cual. Caminábamos mezclados
con Dánaos, sin ayuda de los dioses;
muchos combates, por la noche ciega,
libramos juntos; muchos de los Dánaos
enviamos al Orco. Huyendo unos
dispersos a las naves, buscan playas
que los amporen en su fuga; y otra
parte, con miedo vergonzoso, busca
al caballo otra vez enorme, y trepa,
y halla refugio en conocido vientre.

VII

DEFENSA DE CASANDRA

Ay, no se puede confiar en nada
con los dioses adversos! Ved que traen
por la esparcida crin Priameya virgen;
Casandra, que arrancada del sagrario
y el templo de Minerva, al cielo tiende
en vano sofocados ojos: ojos,
porque a sus tiernas palmas contenían
las ligaduras. Soportar el cuadro
no es posible a Corebo enfurecido,
y se arrojó del pelotón en medio,
dispuesto a perecer. Y detrás todos
fuimos también contra las armas densas.
Pero, ah, que de aquel templo y de su altura
dardos nos acribillan de los nuestros,
y empieza una misérrima matanza,
debida a los arreos que vestimos
y al trueque aquél con las cimeras griegas.
Los Dánaos, llenos de dolor y de ira,
por recobrar la virgen, recogidos
de todas partes, nos invaden; Ajax
el áspero, y los dos Atridas; todo
el ejército Dólope. Igual vientos
contrarios en turbión roto confluyen,
y el Céfiro, y el Noto, y Euro ufano

de orientales caballos; mugen selvas
y espumoso castiga con tridente,
y desde el fondo de la mar Nereo
va removiendo líquidas llanuras.
Y esos también a los que, en negra noche,
barrimos en la sombra con insidias,
y cazamos por la urbe toda, vienen;
y ellos escudos y falaces armas
pronto conocen, y señalan bocas
que discrepan de acento. Y ya, aplastados
del número, caímos. Y el primero
Corebo, de Penéleo por la diestra,
ante ara de la diosa armipotente
derribado murió; cayó asimismo
Rifeo, aquel varón que fué el más justo
de los Teucros; aquél el más amante
de la equidad. Los dioses lo juzgaron
de otra manera. Allí también perecen
Hipanis y Dimante por heridas
de compañeros. Ni a ti, Panto, sirve
tu gran piedad a sostenerte, y caes;
ni la ínfula de Apolo te protege.
Oh cenizas de Ilión, y última llama
de los míos, yo juro, en vuestro ocaso,
que ni dardos ni golpes de los griegos
evité, y si mi sino hubiera sido
que yo cayera, lo buscó mi mano.
Escapamos de allí: Ífito y Pelias
conmigo: de ellos viejo y achacoso
Ífito ya; y herido por Ulises,
inútil Pelias. Luego a las mansiones
de Príamo un clamor nos llama, y vamos.

VIII

SITIO DEL PALACIO REAL Y MUERTE DE PRÍAMO

Aquí en verdad ingente pugna, como
si nunca hubiere habido lucha, y nadie
en toda la ciudad se hubiera hallado.
Marte indómito así, Dánaos a techos
precipitarse vimos, los umbrales
asediados, formada la testudo.
Se pegan a los muros las escalas;
junto a las jambas mismas, escalones
se huellan, y broqueles contra dardos
manos zurdas oponen, y se agarran
techos con diestras. Pero enfrente vimos
Dardánidas las torres y las tejas
de techos arrancando y derribando;
con estas armas, cuando ven ya el trance
final, la muerte cerca, su defensa
preparan, y áureas traveses y elevados
adornos de antiquísimos abuelos
volteando tiran. Otros, hierro en puño,
bajas puertas obstruyen, las defienden
en apretados haces. Restaurados
mis ánimos, del rey socorrer techos,
y con auxilio levantar varones,

y mis fuerzas sumar a los vencidos,
resuelvo. Umbral había y unas puertas
secretas, paso abierto entre mansiones,
jambas abandonadas, a la espalda
del palacio de Príamo. Por ellas
mientras el reino estuvo en pie, solía
Andrómaca infeliz ir muchas veces
sin séquito a sus suegros, y al abuelo
el pequeñuelo Astiánax le llevaba.
Subo a la altura de la suma cumbre,
donde con mano dardos impotentes
lanzan míseros Teucros. Allí hay torre
en pie delante de un abismo, y alta
que parece guiar hasta los astros;
desde ella toda Troya se veía,
y de los Dánaos conocidas naves
y Acayos campamentos. La batimos
con hierro en torno, por donde la altiva
tablazón da ruinosas las juntas,
y la arrancamos de su excelso asiento,
la derribamos. Resbalada, pronta
ruina produce estrepitosa, y sobre
las falanges de Dánaos, en gran trecho
se precipita. Pero acuden otros:
y ni piedras ni dardos de las clases
todas, cesan en tanto. Ya ante el mismo
vestíbulo y en término primero,
Pirro se engríe coruscante en armas
y en reflejos de bronce. Como cuando
a luz culebra, de malignas hierbas
nutrida, y bajo el suelo frío hinchada,
la invernada cubrió, sale; y ahora,

CAIDA DE TROYA

depuesta la camisa, reluciente
de nueva juventud, lúbricos torsos
revuelve con erguido pecho, y mira
desafiadora al sol, y vibra en tanto
en sus fauces la lengua de tres puntas.
Y a una con él, Perifas corpulento,
y el escudero Automedonte, auriga
de Aquiles, y también la esciría toda
juventud, al palacio se abalanzan,
y hacen llegar las llamas a los techos.
Pirro, entre los primeros, hacha empuña
de dos filos, y rompe los umbrales
duros en mil pedazos; de sus quicios
arranca los bronceos espigones:
y el dintel derribado, ya las firmes
hojas de roble sin sostén, descubren
una inmensa abertura, una ancha boca.
El interior de la mansión se muestra;
sus largos atrios e íntimas estancias
de Príamo se ven y viejos reyes.
Hay gente armada en los primeros tramos.
Dentro, gritos, tumulto lamentable,
y en lo alto de las bóvedas ululan
lamentos de mujeres: sus clamores
hieren los astros relucientes de oro.
De un lado a otro madres temblorosas
bajo los altos techos se detienen
ante cada columna, y las abrazan,
y las llenan de besos. Con el brío
paterno, ataca Pirro, y a su empuje,
nada valen ni claustros ni custodios.
Continuo ariete, puertas bambolea,

y hacer saltar las hojas de los quicios.
Abre paso la fuerza, rompe entradas,
despedazan los Dánaos invasores
a quien tropiezan, y el lugar ocupan,
repleto, de soldados. No tan raudo,
rotos sus diques, espumoso río
salta y derriba las opuestas moles
en remolino, huella los sembrados,
crece iracundo, y por el campo todo,
con los establos, el ganado empuja.
Vi yo mismo cebarse en la matanza,
en el umbral, a Pirro y los Atridas;
a Hécuba y sus cien hijas vi, y a Príamo,
que manchaba en las aras con su sangre
fuegos que él mismo consagró. Cincuenta
tálamos, esperanza tan fundada
de nietos, y soberbias sus columnas
de oro, despojo a bárbaros cogido,
se derrumbaron ya. Los Dánaos tienen
lo que el fuego respeta. Acaso quieras
saber qué fué de Príamo. La urbe
viendo tomada, y viendo los umbrales
de su casa arrancados, y enemigos
en el sagrado de su hogar, con armas
en ocio largo tiempo, el viejo, hombros
tremantes por edad circunda en vano,
e inútil hierro ciñe, y va a la muerte
contra apretados enemigos. Se alza
en medio del palacio bajo el cielo
descubierto un altar inmenso, y cubre
un laurel antiquísimo las aras,
y envuelve con su sombra los Penates.

CAIDA DE TROYA

Hécuba allí y sus hijas, no útilmente,
en torno a los altares, cual palomas
por negra tempestad amedrentadas,
unidas, y abrazadas a los Dioses,
se han sentado. Y a Príamo, su esposa,
cuando vistiendo juveniles armas
lo vió, — «¿Qué cruel proyecto, pobre esposo,
te ha impulsado a ceñir esa armadura?
¿Adónde ruedas?—dijo—. Auxilios tales,
ni defensor así, reclama el tiempo;
mi mismo Héctor ahora nada hiciera.
Ven con nosotras; las sagradas aras
nos guardarán a todos, o bien juntos
moriremos aquí.» Y esto diciendo,
hacia sí lo llevó, y en sacra sede
al longevo dió asiento. Pero entonces,
escapado de Pirro a la matanza,
un nacido de Príamo, Polites,
por entre dardos y enemigos huye
a los pórticos largos, y con ansia
los solitarios atrios busca herido.
Colérico, con arma perniciosa,
Pirro lo sigue, y ya ya con la mano
lo sujeta, y lo oprime con la lanza.
Y, en fin, el hijo ante sus padres viene
a parar, y allí mismo, ante sus ojos,
cayó rendido, y con la mucha sangre
la vida derramó. Príamo, ante esto,
aun cuando muerto, más que vivo, estaba,
no pudo resistir, y voces e ira
no perdonó, sino que — «A ti, por crimen
tal—exclamaba—, y por audacias tales,

los Dioses, si piedad queda en el Cielo
que cuide de estas cosas, gracias dignas
dente y debido premio. Tú de mi hijo,
sin piedad, presenciar me hiciste muerte,
tú has manchado mi cara con su sangre.
Tú mientes: no eres hijo tú de Aquiles;
que él no fué así con su enemigo; él tuvo
piedad para el dolor; y exangüe el cuerpo
de Héctor me devolvió para el sepulcro,
y me dejó volverme a mis estados.»
Así el anciano habló. Y un dardo débil,
sin fuerza, lanza, que chocó en el bronce
sonoro del escudo, y vanamente
suspendido quedó del mismo centro.
Y Pirro le contesta: «—Vé el mensaje
a llevar a mi padre. No te olvides
de contar al nacido de Peleo
mis infames acciones; que su amado
Neoptólemo es afrenta de su raza.
Ahora, muere.» Esto dice, y a las mismas
aras trae al que tiembla, y en el charco
de sangre de su hijo se resbala;
coge, con mano izquierda, sus cabellos,
y sacando, con diestra, coruscante
la espada, en el costado se la hunde
hasta la empuñadura. Tal fin tuvo
el destino de Príamo. Tal muerte
arrebató, después que presenciara
la destrucción de Pérgamo y su incendio,
a aquel soberbio rey que tuvo un día
a su imperio sujeta el Asia toda.
Yace ingente en la orilla un tronco; lejos

CAIDA DE TROYA

del tronco una cabeza. Y eso queda
de Príamo no más: cuerpo sin nombre.
Ya, por primera vez, a mí invencible
terror me acometió; ya, anonadado,
vi de mi caro genitor la imagen,
cuando, al de igual edad, rey, con herida
cruel, le vi exhalar vida y aliento.
Vi abandonada a Creusa, saqueada
mi casa, el riesgo de mi tierno Yulo.
Miro a mi alrededor, a ver qué huestes
quedan en torno a mí. Me abandonaron
aniquilados todos, y los cuerpos
han lanzado, de un salto, de la torre,
o han arrojado al fuego malheridos.
Yo ya en tan alto grado solo estaba,
cuando umbrales de Vesta registrando,
y oculta y muda en apartado asiento,
la Tindárida miro. Dan las vivas
llamas luz al errante, y al que tiende
por uno y otro lado inquietos ojos.
Helena, contra sí, de los maltrechos
Teucros, por Pérgamo assolada, y penas
de Dánaos, y del cónyuge ofendido
iras previendo con temor, de Troya
y patria común furia, desviado
se había, y ocultándose, en las aras
se sentaba. Fuego arde en mi cabeza;
sugiere la ira que a mi patria en ruinas
la vengue yo, que tome a mi cuidado
la pena de aquel crimen. ¿Es posible
que esta mujer, incólume, su Esparta
y su patria Micenas mire, y torne|

en triunfo, como reina, merecido?
 ¿Que esposo, padres, casa e hijos vea,
 de doncellas de Ilión y esclavas frigias
 escoltada? ¡Y fué muerto a hierro Príamo!
 ¡Y Troya ardió en el fuego! ¡Y tanta sangre
 de Frigios empapó la playa iliaca!
 No ha de ser. Porque si honra no hay ninguna
 en castigar mujeres, ni vencerlas
 merece honor, no obstante aplastar monstruos
 es laudable, y las penas merecidas
 se deben aplicar. Y haber saciado
 el ansia agrada de vengadora
 llama, y regocijado de los míos
 cenizas. > Estas cosas yo pensaba,
 y me arrastraba mente enfurecida,
 cuando a mí, no tan clara ante los ojos
 nunca, dejóse ver, y en plena noche,
 con pura luz, resplandeció bendita
 mi madre, manifiesta diosa, como
 ser vista de los dioses en el Cielo
 suele, y tan grande. Y preso con su diestra
 contúvome, y así con su rosada
 boca me habló después: «—Hijo, ¿qué sufres
 para excitar tan indomables iras?
 ¿por qué esa furia? ¿a qué lugar se ha ido
 tu recuerdo de mí? ¿no miras antes
 dónde, cansado por la edad, a Anquises,
 tu padre, abandonaste? ¿acaso Creusa
 tu cónyuge subsiste y tu hijo Ascanio?
 En torno a todos ellos griegas huestes
 vienen y van; y si el amparo mío
 no los cubriese, consumidos fueran

CAIDA DE TROYA

por llamas ya, y el enemigo acero
los hubiera gozado. No la odiada
beldad de la Tindárida Laconia,
ni Paris criminal; rigor de dioses,
¡de dioses! ha volcado estas riquezas,
y ha derribado a Troya de su altura.
Mira (porque ahora a ti toda la nube
que tu vista mortal en torno embota
y húmeda tus miradas obscurece
voy a arranear): ningún mandato temas
de tu madre seguir; no sujetarte
a preceptos rehuses; aquí donde
moles dispersas, piedras arrancadas
de piedras ves, y con mezclado polvo
humo ondear, está Neptuno muros
y, con magno tridente, removidos
cimientos golpeando, y derribando
entera la ciudad de sus asientos.
Aquí Juno cruelísima de puertas
Esceas se apodera, y al adicto
ejército, furiosa, de las naves,
y de hierro ceñida, llama. Sumos
alcázares Tritonia Palas (¡mira!)
hollandando está, con nimbo refulgente
y Gorgona cruel. Su mismo Padre
a los Dánaos vigor y fuerzas aptas
infunde; él mismo a dioses sobrexcita
contra las armas Dárdanas. La fuga,
hijo, emprende, y el fin a tus tareas
pon. Nunca te abandono. A ti, seguro,
te he de poner en los umbrales patrios.»
Dijo: y en las espesas, de la noche,

sombras, se recató. Se me aparecen,
espantosas imágenes, las caras
de los dioses, airadas contra Troya.
Entonces, en verdad, toda a mi vista
Ilión apareció bañada en fuego,
y desde lo más hondo, trastornada
la Troya de Neptuno: como cuando
en las altas montañas los colonos
compiten en tumbar añoso roble
serrado por el hierro, y con las hachas
de dos filos, a golpes redoblados,
lo hieren, y aún se yergue amenazante,
y trémula su copa sacudida
esparce su pomposa cabellera,
hasta que las heridas, poco a poco,
lo van venciendo, y su postrer gemido
lanza al hallar su ruina en los collados.

HUÍDA DE ENEAS CON SU FAMILIA

DESCIENDO: un dios me lleva entre las llamas
y entre enemigos. Me hacen lado flechas;
llamas se apartan. Cuando ya a la sede
paterna y al umbral de antiguos Lares
llego, mi genitor, a quien a montes
altos llevar ansiaba yo ante todo,
y ante todo buscaba, se rebela
a prolongar la vida, muerta Troya,
y destierro a sufrir. «Vosotros—dijo—
en quienes hierve juvenil la sangre,
y en su vigor total están las fuerzas;
vosotros, oh, precipitad la fuga.
Si quisieran celícolas mi vida
prolongar, conserváranme estas sedes.
Sobrado fué una vez ver destrucciones
y toma de ciudad (*). Dadme por muerto,
saludadme, y partid. A mano airada
la muerte encontraré; que el enemigo
se apiadará de mí, y estos despojos

(*) Se refiere, según Heyne, a la expugnación de Troya por Hércules, a causa de la perfidia de Laomedonte.

buscará. ¿Y para qué, sepulcro? Ha tiempo de los dioses odiado, inútil vida prolongo; ha tiempo el padre de los dioses y de los hombres me sopló con auras de rayo, me tocó de fuego.» Tales cosas se empeña en recordar, y fijo permanece. Nosotros, de él enfrente, en lágrimas bañados, Creusa, Ascanio, la casa toda, no arruinar consigo todo, mi padre, no aceptar la mala suerte, que empuja, quiera, le rogamos. No cede, y a lo dicho, y a las mismas sillas, se pega. Y otra vez me arrojó al arma, y opto por morir, ¡ay triste! Porque ya ¿qué consejo, qué fortuna puedo esperar? «¿Acaso pensarías que puedo echar a andar, padre, y dejarte? ¿Tal inhumanidad de la paterna boca salió? Si nada de tan alta ciudad a los de arriba place quede, y esto persiste en su alma, y esta ruina de Troya, con la tuya y de los tuyos, completar les agrada, se abre puerta para morir así: ya del gran charco de la sangre de Príamo viniendo Pirro estará, que despedaza un hijo a la faz de su padre, y mata a un padre ante un altar. ¿Para esto, madre santa, a mí entre dardos, entre fuegos, robas; para que de mi hogar en lo sagrado al enemigo penetrar contemple; para que a Ascanio, y a mi padre y Creusa,

CAIDA DE TROYA

uno en pos de otro, junto a aquél, en sangre
mire inmolados? ¡Armas, coged armas,
guerreros: ya nos llama a los vencidos
la última luz. Volvedme con los Dánaos;
dejadme que reanude los combates.
Hoy venderemos caras nuestras vidas!»
Ciño el hierro otra vez, la mano izquierda
inserto en el escudo, y me lanzaba
fuera de techos ya. Mas he aquí entonces:
abrazada a mis pies, a los umbrales
mi cónyuge adherida, me tendía
mi tierno Yulo: «—Si a la muerte corres,
contigo lleva nos (*) a todas partes.
Mas si alguna esperanza en armas pones,
y en valor, esta casa lo primero
hay que guardar. ¿A quién el tierno Yulo,
a quién el padre, a quién la esposa, que era
tuya otras veces, abandonas?» Tales
voces lanzando, su gemido el techo
todo llenaba. Mas de pronto empieza
milagro incomprensible. Entre las manos
y las cabezas de los tristes padres,
leve ápice de luz vese que asoma
de Yulo en lo más alto de la frente,
y que lame, con blando movimiento,
inocua llama su cabello, y pace
en torno de la sien. Temblar nosotros

(*) La acentuación del verso exige que el *nos* deje de ser enclítico. Es muy frecuente, además, en el lenguaje vulgar la acentuación de esta clase de pronombres, que descomponen la enclisis.

de miedo entonces, y la crin que ardía
sacudir, y extinguir con agua el santo
fuego, nosotros! Mas el padre Anquises
ojos, alegre, al Cielo eleva, y tiende
palmas y voz a las estrellas. «—Jove
omnipotente, si oración alguna
te apiada, mira nos; ¡esto tan sólo!
Si gracia merecemos, presta auxilio,
padre, después; confirma estos augurios!»
A penas hubo dicho esto el anciano,
y súbito fragor sonó a la izquierda;
del cielo deslizada por las sombras
una estrella, su cara conduciendo
con mucha luz, corrió. Sobre las altas
techumbres de la casa, resbalante,
la vimos clara; se ocultó en los bosques
del Ida, señalándonos camino.
En el extenso curso de aquel astro
queda un surco de luz, y en torno y lejos
todo humea de azufre. Ya vencido
mi genitor, levántase a las auras,
y habla a los dioses, y la santa estrella
adora. «—No hay obstáculo; ya os sigo,
—dijo—, ya iré donde queráis llevarme.
¡Oh dioses patrios, conservad mi casa,
conservad a mi nieto. Ante este augurio
vuestro me rindo, y abandono Troya
a vuestro numen. Hijo, ya contigo,
compañero, a partir más no me niego.»
Dijo: y por muros ya más claros se oyen
chasquidos; ya más cerca se propaga
del incendio el volcán. «—Entonces, vamos,

CAIDA DE TROYA

caro padre, a mi cuello monta. A hombros
te aguantaré, y este trabajo nunca
me pesará. Y ocurra lo que quiera,
uno y común peligro, para ambos,
sólo una salvación, habrá. El pequeño
Yulo vendrá a mi vera, y a distancia
mis huellas seguirá mi fiel esposa.
A vosotros, criados, también algo
he de decir: tenedlo bien presente.
Hay, para los que salgan de la urbe,
una colina y un vetusto templo
de abandonada Ceres, y un antiguo
ciprés al lado, que por años muchos
la fe paterna conservó. A esta sede
desde diversos puntos concurramos.
Tú, padre, en mano coge sacras joyas
y los Penates patrios. Yo, de lucha
tanta venido, y de reciente sangre,
no los puedo tocar, hasta que en agua
me purifique.» Y esto dicho, sobre
mis anchos hombros y cerviz, cubiertos
de vello, me revisto la piel roja
de un león, y me inclino, por mi carga.
A la diestra se coge el tierno Yulo,
que, no con paso igual, al padre sigue;
detrás padece mi mujer. Buscamos
los lugares oscuros. Y a mí, que antes
ni la lluvia de dardos me importaba,
ni masa del ejército enemigo,
ahora el soplo me aterra de la brisa,
todo ruido me excita y me suspende.
Tiemblo por los que guío, y por mi carga.

XI

DESAPARICIÓN DE CREUSA

Y ya tocaba puertas, y evadido
 creía haber todo camino, cuando
 de pronto siento que en el aire se alza
 ruido de pies frecuente: y entre sombras
 mi genitor escudriñando: «—Hijo,
 exclama, escapa, hijo, que se acercan.
 Vivos escudos y brillantes bronce
 distingo.» Desde entonces, no me explico
 qué numen mal amigo, con espanto
 nublada, arrebató mi inteligencia.
 Porque trochas siguiendo en rauda curso,
 de región conocida extraviado,
 no sé, ay de mí, si arrebatada Creusa,
 mi mujer, por un Hado miserable,
 acaso se detuvo, erró camino,
 o sentóse cansada; mas ni a nuestros
 ojos después devuelta fué, ni antes
 de robada, la cara para verla
 volví, ni me acordé de Creusa cuando
 a la colina de la antigua Ceres
 y a la sede sagrada nos vinimos.
 Aquí, reunidos todos finalmente,

CAIDA DE TROYA

una sola faltó: una, entre tantos,
ha defraudado al hijo y al esposo.
¿A quién de los humanos y los dioses
no acusé, loco, yo? ¿Qué en la asolada
ciudad vi más cruel? Ascanio, Anquises
mi padre y los Penates Teucros dejo
confiados a mi gente, y los escondo
en curvo valle. Yo la ciudad busco
de nuevo, y ciño las fulgentes armas.
Hay que volver a todas las fatigas,
en toda Troya rebuscar; de nuevo
la cabeza entregar a los peligros.
Voy primero a los muros y a los arcos
de las obscuras puertas, que atrás antes
en mi huida dejara, y por las sombras
de la noche amparado, retrocedo
sobre mis propias huellas, que con ojos
ávidos busco. Horror doquiera al alma,
y hasta el mismo silencio aterra. Luego
a mi casa, por si es que acaso, acaso
la llevaron allí los pies. La habían
atropellado Dánaos, que ocupaban
todas sus dependencias. Al momento
fuego voraz hasta las altas torres
con el viento la envuelve. Sobresalen
llamas; ruge el incendio en el espacio.
Avanzo, y vuelvo a ver la ciudadela
y el alcázar de Príamo. Y de Juno
en los extensos pórticos, custodios
selectos, Fénix y el cruel Ulises
guardaban el botín. De todas partes
allá troyanas joyas, de incendiados

templos robadas, mesas de los dioses,
vasos de oro macizo, y vestiduras
de cautivos, se lleva y se amontona.
Niños y madres pávidas en largas
filas están en torno. Osé, no obstante,
voces lanzar entre la sombra; vías
llené con mi clamor; desesperado,
una vez y otra vez. ¡Creusa!, gimiendo
inútilmente, repetí. De pronto,
al que busca, y por medio de las casas
ruge sin fin, un simulacro triste,
sombra de Creusa misma, se aparece
ante los ojos, y en mayor tamaño
del conocido. Me espanté, de punta
se puso mi cabello; las palabras
pegáronse a mis fauces. Ella entonces
así comenzó a hablar, y a darme alientos
con sus palabras: «—¿Qué te induce tanto
a ese insano dolor abandonarte,
cónyuge dulce? No sucede nada,
sin voluntad de dioses: permitido
no te es llevar de aquí por compañera
a Creusa; no lo quiere el que el excelso
Olimpo rige. A ti destierro largo
y anchos llanos del mar que surcar quedan,
y a tierra Hesperia irás, en donde el Lidio
Tiber, entre opulentas siembras, fluye,
con curso suave. Allí cosas alegres,
y reino, y regia cónyuge, parida
para ti, encontrarás. Lágrimas seca
por Creusa amada. Yo de Mirmidones
palacios, ni de Dólopes soberbios,

CAIDA DE TROYA

no veré, ni a servir Griegas matronas
he de ir tampoco yo, Dárdana y nuera
de la divina Venus. En las playas
estas, la magna Madre de los Dioses
me detiene. Adiós, pues; al hijo de ambos
guarda tu amor. Estas palabras dichas,
mis lágrimas, mil cosas que yo ansiaba
decirle, abandonó, y en auras tenues
se evaporó. Tres veces allí quise
echar mis brazos de su cuello en torno.
En vano fué; tres veces la oprimida
imagen escapóse de mis manos,
igual a viento leve, a alado sueño
semejante. Así, en fin, a mis amigos
volví a buscar al terminar la noche.

PARTIDA DEFINITIVA DE ENEAS

Y aquí gran cantidad de gente nueva
me admiro de encontrar; y son matronas,
varones, juventud dispuesta a ir junta
al destierro, infeliz vulgo. De todos
lados concurren, de valor provistos
y de riquezas, cualesquiera tierras
a buscar por el mar, si yo los llevo.
Ya del excelso Ida por las cumbres
surgiendo Lucifer, guiaba al Día.
Los Dánaos obstruyendo los umbrales
de las puertas están; ya ni remota
esperanza quedó de amparo alguno.
Cedí, mi padre alcé, y eché hacia el monte.

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL
DE SORIA



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Trifodoro, Virgilio y el sitio de Troya (estudio preliminar)	5
La toma de Ilión, por Trifodoro.....	51
Caída de Troya (libro II de la Eneida).....	97

BIBLIOTECA GRECOLATINA

TOMOS PUBLICADOS

- I. Los Trabajos y Días de Hesíodo y el pequeño poema Afrodita y Anquises.
- II. Las Geórgicas de Virgilio y su continuación por Columela.
- III.—El Rapto de Helena, de Coluto; Hero y Leandro, de Museo; Las Pervigilias de Venus; Amor fugitivo, de Mosco; Atis, de Catulo; Cupido crucificado, de Ausonio.
- IV.—El poema de Trifodoro y el libro II de la Eneida.

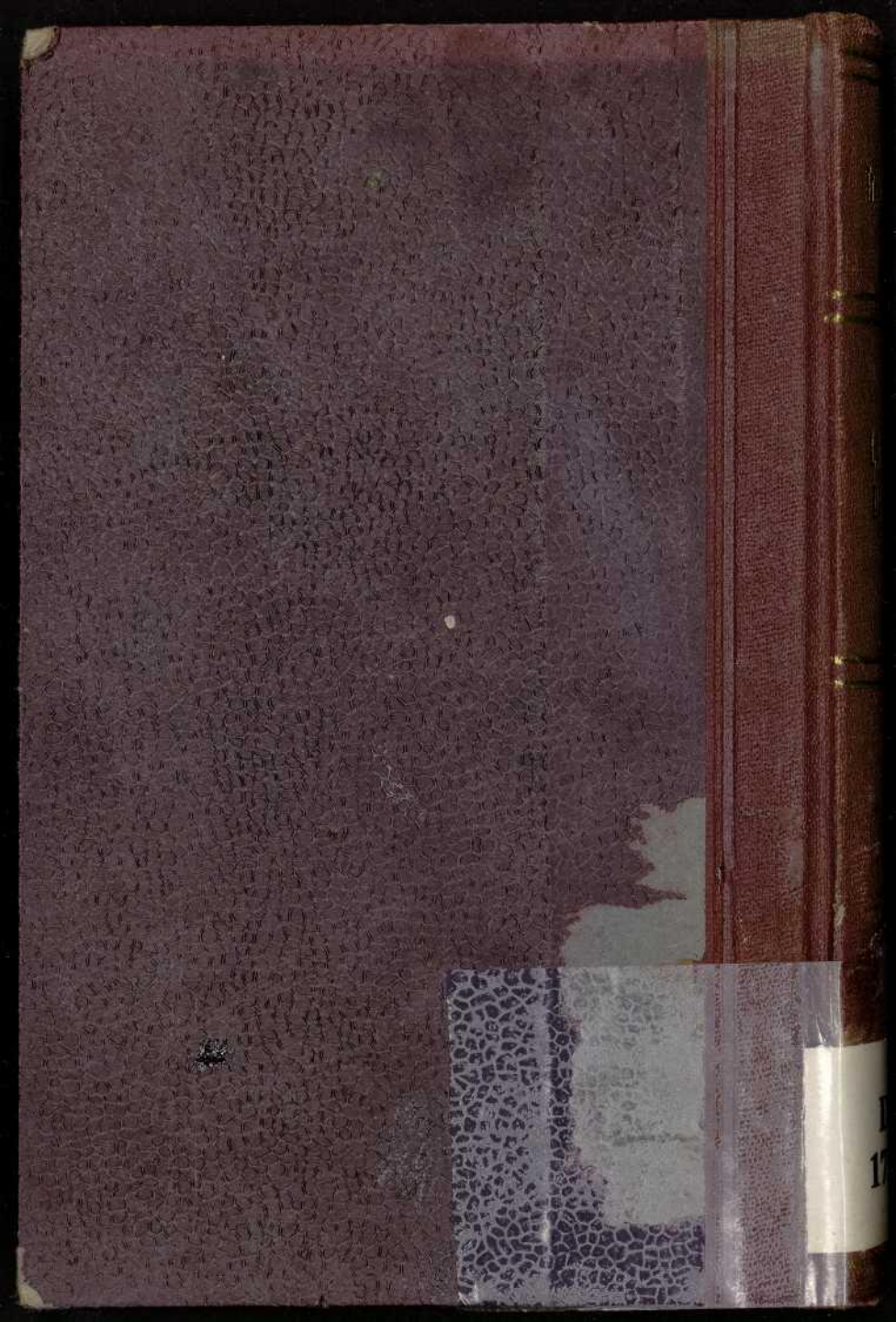
EN PREPARACION

- V.—La Farsalia, de Lucano.
- VI.—Lisistrata y otras comedias, de Aristófanes.

*Acabóse de imprimir este libro en
el Establecimiento tipográfico
«Nieto y Comp.^a—Madrid,
Tutor, 16, el día 24 de
Diciembre de 1923.*

BIBLIOTECA
INSTITUTO PROVINCIAL
SORIA





Homeros

LA TOMA
DE ILION

D-2

17587